

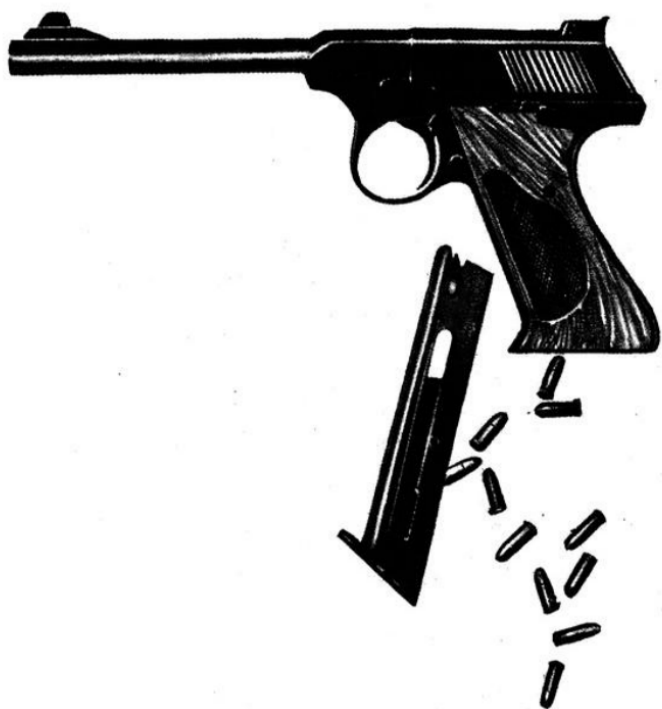
FBI



**FRED
HERCEY**

La MUERTE agazapada





© Fred Hercey
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

I. S. B. N. 84-04-01368-3

Depósito Legal: M. 5.394 - 1973

Printed in Spain

Suc. de Rivadeneyra, S. A. - MADRID

FRED HERCEY

La muerte agazapada

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

CAPÍTULO I

EL inspector Nye Chapman redujo la velocidad al acercarse al cruce de caminos, que, partiendo de West Palm Beach, en la península de Florida, conduce a distintos puntos de la zona pantanosa de Los Everglades, que rodea al lago Okeechabee.

Miró el letrero indicador del destino de cada uno de los tres caminos que se bifurcaban allí.

Tomó por el del centro, una vez orientado.

Bien. La casa de Julie Hayward no debía estar lejos. A un par de millas de ese cruce según la información de la propia muchacha.

Pisó el acelerador a fondo al recordar su llamada. Julie estaba dominada por el miedo. Esa sensación impregnaba el tono de su voz mientras requería su ayuda por teléfono. Un miedo atroz, cervical, como el de la persona perdida en un sombrío bosque, desamparada, que intuye la muerte agazapada, al acecho, esperando su paso para caer sobre ella y envolverla con sus brazos.

Vio la casita al doblar un recodo.

El terreno era muy pantanoso. La carretera había sido construida formando grandes curvas y recodos para salvar grandes obstáculos naturales. El agua lo cubría todo y formaba grandes extensiones en las que abundaban las plantas acuáticas, de largos tallos y pequeñas hojas, formando una superficie vistosa, espectacular cuando soplaba el viento. Aquí y allí, extensiones de tierra más alta, cubierta de árboles tropicales, de plantas, de hierbas y de animales.

El lugar ideal para un solitario. Y también el lugar ideal para cometer un crimen. Los caimanes, los patos salvajes, la extensa fauna que poblaba los Everglades serían testigos mudos de la tragedia.

Nye trató de apartar de sí ese pensamiento sombrío mientras

aparcaba el coche en el espacio libre que se extendía desde el borde de la carretera hasta el porche de la casita.

En el interior brillaban las luces. Eso le daba un aspecto acogedor, la llenaba de vida.

La casa era bonita. Sencilla, pero bonita. Los ladrillos y la madera, en perfecta combinación, habían formado un conjunto armónico, agradable, vistoso. Los grandes árboles y las plantas tropicales que la rodeaban, hacían el resto.

Nye llamó a la puerta.

Silencio. Nadie respondió.

Nye escrutó por los resquicios de la ventana, cubierta por el visillo.

Sólo pudo ver un retazo del cuarto de estar. Suficiente para despertar su alarma, porque uno de los retazos era las patas de una silla derribada.

Nye cargó contra la puerta, al presentir la tragedia.

La cerradura cedió al segundo envite y el inspector federal se adentró en el coquetón cuarto de estar.

Había señales de lucha. Una silla derribada, una botella rota en el suelo, unos vasos caídos, la mesita muy desplazada...

Su mirada recorrió todos los rincones.

Bien. Había llegado tarde. La muerte agazapada había caído sobre su víctima antes de que pudiese impedirlo nadie. Julie Hayward estaba allí, al otro lado del sofá, tendida en el suelo. Sólo podía ver sus pies y una parte de sus piernas. Pero le bastaba observar la rigidez de esos miembros, su fría inmovilidad para comprender las cosas.

Avanzó para inclinarse sobre el caído cuerpo de la muchacha. La muchacha que había efectuado una angustiada llamada a la Sección del F.B.I., en West Palm Beach para pedir ayuda, para intentar librarse de la muerte al acecho.

Su cuerpo empezaba a adquirir el *rigor mortis*, lo que indicaba que su muerte era muy reciente. Unos pocos minutos, no más de veinte minutos. Eso quería decir que el asesino rondaba ya la casita cuando ella estaba hablando aún por teléfono con la angustia en su garganta.

Nye se irguió, no quiso tocar nada. En la botella caída, en la mesita, podía haber alguna huella del asesino.

Su mirada recorrió el cadáver. Julie había sido una mujer muy bonita. No tendría más de veinticinco años y su cuerpo era esbelto, bien formado.

Se hizo una composición de lugar, calculó cómo había ocurrido todo.

El asesino entró por la puerta. Lo más seguro era que se hubiese valido de una ganzúa para hacerlo. Luego cayó sobre Julie, que se resistió, gritó y luchó, dando rienda suelta a su inmenso terror. Ese terror había quedado impreso en su rostro. En la lucha, desigual, cayó la silla, la botella y los vasos. Pero el asesino ciñó sus manos a la garganta de Julie y apretó. Sólo la soltó cuando vio que era ya un cadáver lo que retenía entre sus dedos. Y allí estaban las huellas moradas en la tráquea y en la faringe de Julie.

El inspector efectuó un somero registro en la casa.

Se detuvo más en el dormitorio, amueblado con una cama de matrimonio, una mesilla, el armario ropero y un secreter.

El equipo de ropas de Julie era extenso y revelaba un buen gusto. Pero no reveló nada interesante a Nye, aparte darse cuenta de la clase de mujer que era la muerta.

En el secreter, entre facturas y cartas sin importancia, encontró algo que llamó su atención. Una agenda de Julie.

Examinó sus hojas. La muchacha había escrito pocas cosas en ellas. Pero era muy posible que esas cosas resultasen importantes, acaso trascendentales en la investigación de su muerte. La primera hoja tenía un nombre y unas iniciales. La segunda, seis fechas de ese mismo año.

Viveca Craig era el nombre escrito con letra apretada, pero clara, algo puntiaguda, muy femenina. Después seguían las iniciales A.G. Debajo de éstas, las de B.R. En tercer lugar las de R.S. Y al final, dentro de unos grandes signos de interrogación, las iniciales. ¿E.K.?

¿Qué significaba ese interrogante? ¿Eran las de una persona, de cuyo nombre no estaba muy segura Julie? ¿O acaso se trataba de una persona que ostentaba una doble personalidad?

Bien. Ése era un punto de partida para iniciar el trabajo. Nye no sabía explicarse el porqué, pero tenía la intuición, la corazonada de que esos sencillos y enigmáticos datos de la agenda ocultaban la clave del enigma de la muerte de Julie y de su terror precedente.

Examinó la segunda hoja.

Seis fechas. Día, mes y año, señalados con números. Siete días entre fecha y fecha.

Nye comprobó esas fechas en un calendario de bolsillo, que en la otra cara ostentaba la fotografía de una muchacha en bikini. Los días correspondían a los viernes de las seis últimas semanas.

Era miércoles y Nye se preguntó si Julie, de haber vivido, habría apuntado también la fecha correspondiente al próximo viernes. Pero sobre todo se preguntó qué significaban esas fechas monótonas, qué importancia habían tenido los viernes para Julie.

Bien. No iba a saberlo por mucho que se exprimiese el cerebro. No, sin obtener antes algún dato que le permitiese aclarar algunos detalles.

Nye utilizó el teléfono de la casita para llamar a la Sección y se encargasen del levantamiento del cadáver y demás. Mientras hablaba, su mirada permanecía fija en el cadáver de la mujer. Era muy bonita. Y siempre impresiona la muerte de una mujer bonita, predispone más al castigo del culpable.

Esperó la llegada del equipo destacado para tomar huellas, para encontrar pistas.

Habló con el agente encargado de las fotografías.

—Esta mujer pidió mi ayuda —le dijo—. Cuando se puso en contacto con el F.B.I., en lugar de hacerlo con la policía del Estado, supongo que tendría sus motivos. Tenemos que encontrar esos motivos, de lo contrario no quedará otro remedio que dejar el caso en manos de nuestros colegas. Bien. En alguna parte vive una mujer que se llama Viveca Craig. Tengo que encontrarla. Algo así cómo encontrar una aguja en un pajar.

El agente se sonó la nariz con ruido antes de responder:

—Ni aguja ni pajar, inspector. Conozco a Viveca Craig. Una muchacha estupenda. Ella canta en el «Prince's Club». No es que cante muy bien, no creo que llegue jamás a ser una estrella de la canción. Pero sabe actuar. Y se cimbrea... ¡Hummmm!

Acompañó su última expresión de unos movimientos ondulantes de cadera, al tiempo que ponía los ojos en blanco.

Nye sonrió. Luego se despidió de ellos y partió en su coche.

Pisó el acelerador con ganas y sólo redujo un tanto la velocidad cuando enfiló Roads Street, ya en West Palm Beach.

Unos minutos más tarde se detenía frente a la entrada del «Prince's Club», frente a la fachada repleta de luces cambiantes de diversos colores, que formaban un sugestivo arco iris de forma rectangular, en cuyo centro campeaba el título del club nocturno, también en distintos colores.

La noche había cerrado ya. La luna brillaba sobre el océano, reverberaba sobre sus olas y quedaba empalidecida en el centro de la ciudad costera ante las luces artificiales creadas por el hombre para vencer las tinieblas de la noche.

CAPÍTULO II

NYE permaneció apartado de la pista, escuchando el final de la canción.

Sí, no cabía duda que se trataba de Viveca Craig. El agente federal la había descrito con sencillez, pero muy acertadamente. No era gran cosa como cantante, no llegaría demasiado lejos en esa profesión. Pero tenía un algo especial en su forma de interpretar las canciones y de mover el cuerpo. Por supuesto, con mucha más gracia que lo había hecho el federal.

Terminó la canción. Con una nota prolongada, bajita, incitante. Después, el público estalló en una ovación, en gritos y silbidos de admiración.

Viveca saludó repetidas veces y luego se marchó por una entrada de la pared, junto al conjunto de músicos. Una entrada sin puertas.

Cuando el conjunto atacó un ritmo moderno, trepidante, Nye se encaminó al camerino de la joven.

Lo encontró enseguida, porque la puerta ostentaba un rótulo con el nombre de la cantante escrito en él. Nye golpeó y esperó la respuesta.

—Adelante —invitó una voz.

Entró.

Viveca lo miró a través del espejo oval del tocador. Sus cejas se enarcaron al comprobar que se trataba de un desconocido.

Nye avanzó, se situó detrás de la joven, que acabó de quitarse la peluca de la cabeza, dejando al descubierto una cabellera sedosa, rematada en un moño sobre el occipital.

—Buenas noches, Viveca —saludó el inspector, mientras admiraba la belleza de la mujer.

—Buenas noches. ¿Quién es usted?

—Inspector federal Nye Chapman —respondió, mostrándole su carnet.

Si hubo sorpresa en Viveca, lo disimuló perfectamente.

—¿Me busca como Nye Chapman o como el inspector Nye Chapman? —inquirió.

—Como inspector federal.

—Bueno. ¿Me perdona un momento? Mi actuación ha terminado. Voy a cambiarme de ropa.

—¿Es una invitación para que me vaya?

—No. Puede quedarse si quiere. Me cambiaré detrás del biombo.

Se metió detrás del biombo después de tomar algunas prendas de un armario. Un vestido muy corto, unas prendas interiores y unos zapatos altos.

—¡Espero sus palabras, inspector! —invitó—. De todas formas, no creo haber quebrantado ninguna ley federal.

—Nadie ha dicho eso, Viveca. Usted conoce a Julie Hayward, ¿no?

Viveca dejó de vestirse para mirar al inspector por encima del biombo, que ostentaba unos dibujos alusivos al lejano oriente.

—Sí —dijo, de no muy buena gana—. ¿Qué pasa con Julie? ¿Se ha metido en algún lío?

Julie no era una mujer del agrado de Viveca. Eso saltaba a la vista. No hacía falta más que ver el cambio operado en ella a la sola mención del nombre de la mujer asesinada para darse cuenta de ello. Rivalidad amorosa quizá. Nye siempre recordaba una frase de un escritor francés, cuyo nombre había olvidado, que decía que los hombres tienen la culpa de que las mujeres no se amen entre ellas.

—Julie Hayward ha muerto —soltó Nye de improviso.

Una exclamación de estupor brotó de la garganta de Viveca. La sorpresa era grande, totalmente real en ella. No, no había el menor fingimiento en la actitud de la cantante ante la inesperada noticia de la muerte de Julie.

—¿Cómo... cómo ha ocurrido eso? —susurró—. Julie era frívola, egoísta. Esas cualidades las ponía de manifiesto cuando se sentaba ante el volante de su coche. Una vez le vaticiné que un día tendría un accidente muy grave.

—No ha sido un accidente, Viveca. Su vaticinio no se ha

cumplido. Julie ha muerto asesinada. La han estrangulado, hace muy poco tiempo.

La sorpresa de Viveca subió de punto ante la última declaración del inspector. Se movió más hacia delante, sin darse cuenta de lo que hacía y derribó el biombo.

Nye admiró las caderas levemente acentuadas, el seno erguido, arrogante y bien pronunciado, la esbeltez de sus pantorrillas, de fino tobillo y el color moreno de sus muslos. Lástima que aquella prenda casi insignificante...

Viveca se azaró. Y su azaramiento la hizo volver en sí, recobrar de nuevo su razón, nublada en parte por la sorpresa.

Nye la ayudó a levantar el biombo y suspiró hondo cuando éste cubrió la sugestiva visión.

—¿Quién la ha matado? —preguntó ella, terminando ya de vestirse.

—¡Eso es lo que quisiera saber yo!

—¿Y por qué me busca a mí? ¿Piensa que yo...?

—¡No he dicho eso!

—Pero ha venido a buscarme aquí. Debe tener una razón para hacerlo.

—Tengo esa razón.

Viveca salió de detrás del biombo, terminando de ajustarse el corto vestido, que destacaba mucho la esbeltez de sus líneas.

—Mire esto. Es una agenda que pertenecía a Julie Hayward. La encontré en su secreter. Su nombre está escrito en ella. También unas iniciales y unas fechas. De no existir una amistad, un contacto profesional o algo que las unía de algún modo, Julie no se hubiese molestado en anotar su nombre.

Asintió Viveca antes de sentarse de nuevo en la banqueta ante el espejo oval del tocador, para proceder a arreglar el maquillaje de su cara y peinar su cabello.

—Tiene razón, inspector —dijo al fin—. Julie y yo hemos sido buenas amigas. Vivimos juntas durante una larga temporada, en un apartamento cercano a la playa. Después nos separamos, dejamos de vernos. De esto hace tres o cuatro meses. Y un día, hace un par de semanas, Julie me llamó por teléfono. Necesitaba ayuda.

Nye escuchó sin dejar de admirar la belleza de la muchacha. Muy bonita. El especialista en fotografías se había quedado corto al

decir que era estupenda. Porque Viveca Craig sobrepasaba esa categoría.

—¿Para qué necesitaba ayuda Julie? —preguntó.

Viveca se encogió de hombros, su rostro hizo una mueca de desagrado, que no pasó desapercibida para Nye.

—Usted no siente mucha simpatía por Julie Hayward —apuntó—. Me he dado cuenta desde el principio. No sabe disimular muy bien sus impresiones.

—No he intentado disimularlas, inspector. Confieso que me ha sorprendido la muerte de Julie. Incluso me resulta muy desagradable pensar que está muerta. Lo siento. No le deseaba esa clase de mal. Es horrible pensar que ha sido estrangulada. Pero no sentía el menor aprecio por ella.

—Para eso siempre existe una razón.

—¡Es usted muy perspicaz! Bueno. Alguien dijo que la curiosidad de un policía no conoce límites. Veo que es cierto eso. Verá. Julie y yo llegamos juntas a West Palm Beach. Entre las dos nació una buena amistad. Después nos peleamos.

—Entiendo. En otros tiempos le hubiese preguntado si la pelea fue cosa de pantalones. Pero eso no sirve ahora, en que la mayor parte de las mujeres usan esa prenda de vestir. Bien. Usted me entiende.

—Sí. Y le respondo que es asunto personal.

—¡Está bien! No quiero inmiscuirme en sus asuntos personales... por ahora. Responda a lo de antes. ¿Para qué necesitaba su ayuda Julie?

Viveca terminó de peinarse y se puso en pie. Luego empezó a tomar su bolso y metió dentro algunas cosas del tocador.

—Julie no me aclaró las cosas. Pero yo tengo una idea de todo eso.

—Pues adelante.

—Julie era drogadicta.

Fue Nye el que se sorprendió ahora y dejó escapar un leve silbido.

—¡Usted dijo antes que había encontrado una agenda de Julie, en la que había apuntado mi nombre y unas iniciales! Pues bien; esas iniciales deben ser de las personas a las que había llamado para que la ayudasen. Recuerdo que Julie me dijo que estaba buscando a

unas cuantas personas de su confianza para apoyarse en ellas.

—¿Quería apartarse del vicio?

—Creo que sí. Julie siempre tuvo una gran fuerza de voluntad.

—Entonces es ésa la clase de ayuda que precisaba, una ayuda moral.

—No estoy muy segura de que fuese eso precisamente. También puede ser que Julie estuviese atravesando un mal momento económico y quisiera asegurarse a unas cuantas personas dispuestas a cederle dinero para continuar adquiriendo ese veneno. Sólo sé que me buscó. Confieso que me extrañó en un principio, por eso de que nos habíamos peleado las dos. Me preguntó si estaba dispuesta a ayudarla en todo y le respondí que sí. Entonces agradeció mi gesto y añadió que iba a necesitar toda clase de ayuda. A continuación me preguntó si conocía a algún policía de confianza.

—¿Usted le dijo que llamase a la Sección del F.B.I.?

—No. Eso no se me ocurrió.

—¿Y bien?

—Conozco al sargento Robert Spok, de West Palm Beach. Le advertí que tengo confianza en él, pero que no estaba segura de que pudiera servirle a ella. Julie dijo que si yo confiaba en ese hombre, era suficiente también para ella. Quedó en llamarlo. Eso es todo cuanto sé.

Al inspector federal se le enarcaron las cejas al oír el nombre del sargento de la policía de West Palm Beach. Robert Spok. Sus iniciales, R.S.

Sacó la agenda y abrió la hoja correspondiente a las iniciales apuntadas.

Mostró a su compañera esas iniciales.

—Parece que usted tiene razón, Viveca —dijo—. Estas iniciales coinciden con las de ese sargento. Usted apuntó que podían pertenecer a las personas de las que Julie Hayward solicitaba ayuda. Todo parece indicar que es así.

—Celebro haberle sido útil en algo, inspector.

Asintió Nye.

Su corazonada iba por buen camino. En esos apuntes parecía estar la clave del enigma. En esa agenda y también en Viveca Craig. La muchacha podía proporcionarle pistas importantes. De todas formas, eso ya no era una corazonada, una genial intuición como

había sido lo de la agenda. Eso era, lisa y llanamente, un deseo suyo de volver a hablar con la cantante, de estar en contacto con ella, porque Viveca le gustaba y todo el asunto era una buena disculpa para hacerlo.

CAPÍTULO III

NIYE la acompañó a la calle.

—La llevaré a su casa —invitó—. Es conveniente que continuemos hablando de Julie. Usted conoce a la mayor parte de sus amigos, sabe muchas cosas de su pasado. Todo eso puede resultar una ayuda muy valiosa.

Aceptó Viveca y le dio la dirección.

El inspector rodó despacio, soslayando las calles más céntricas de la ciudad.

—¿Qué me dice de todo eso, Viveca? —insistió Nye ante el prolongado silencio de la joven.

—Bueno. Conozco algunas cosas de Julie, pero no demasiadas. Ella tenía una predilección especial en hablar del futuro, pero nunca del pasado. Era una mujer muy optimista. Eso debo reconocerlo.

—Dígame lo que sepa.

—Sólo puedo decirle que Julie estaba divorciada. Hayward era su apellido de soltera. Ella no quería usar el apellido de su primer esposo. Parece que todo acabó muy mal entre los dos. Nunca supe el nombre de él. Ahora bien, el hecho de haber conocido el fracaso en su primer matrimonio, no la había desanimado y continuaba confiando en encontrar la felicidad al lado de un hombre. Estaba dispuesta a casarse otra vez y probar fortuna de nuevo en el matrimonio.

—¿Quién era el nuevo afortunado mortal? —preguntó Nye.

El disgusto de Viveca salió a flote. Como había salido cuando empezó a hablarle de Julie en el camerino. Un resabio contra ella, un rencor, una antipatía.

—¡Escuche, federal! —replicó—. A usted le pagan por investigar ¿no? Pues hágalo, pero sin implicar a los demás, sin servirse de los

demás, que no cobramos un centavo por esto.

—¡No se sulfure, Viveca! Es lo que estoy haciendo: investigar. Pero la investigación no es un monólogo, sino un trabajo en equipo, porque la ley es de todos y para todos. Ocurre que usted se ha molestado porque ese hombre que ha despertado ansias de matrimonio en Julie, también ha tenido algo que ver con usted. Le duele y...

—Cállese ya de una vez —le atajó Viveca, enfurecida, corroborando las sospechas de Nye.

Llegaron a la casa, situada a la vista de la playa. Un edificio de doce plantas, dedicado a apartamentos. Las dos primeras plantas estaban formadas por una sucesión de oficinas comerciales, cuyas ventanas estaban cubiertas de anuncios de propaganda, dando gran vistosidad al conjunto.

Nye fue a preguntarle algo más, pero ella no le dio tiempo. Se apresuró a salir del coche y se despidió. Antes que Nye pudiera retenerla, desapareció en el amplio vestíbulo y se metió en el ascensor.

Nye se dirigió a la Sección para esperar el resultado del trabajo de los agentes.

Bien. La muerte de Julie parecía guardar relación con el tráfico ilegal de drogas. Y el tráfico de drogas no era sólo un delito federal, sino mundial.

Palpó la agenda, que guardaba en un bolsillo. Las fechas más recientes anotadas allí coincidían con la solicitud de ayuda por parte de Julie. Era interesante saber qué clase de ayuda era la que había pedido la mujer asesinada. Julie podía haber pensado en una ayuda moral, en un apoyo para curarse de ese terrible vicio. Por otra parte, también esa ayuda podía consistir en peticiones materiales, para poder continuar su vicio al encontrarse ante un serio problema económico. Viveca había apuntado eso y era muy posible, sin olvidar que Viveca no era imparcial y estaba inclinada a pensar lo peor de Julie por culpa de su rencor. Por último, Julie pudo tantear a sus amigos con ánimo de apoyarse en ellos para combatir a los seres infrahumanos que la habían inclinado al vicio para explotar después esa debilidad provocada. No era un descabello pensar eso, teniendo en cuenta que Julie había querido conocer a un policía de confianza. Porque no todos los policías son

de fiar. Muchos de ellos prefieren dejarse vencer por la corrupción y obtener dinero fácil para vivir mejor.

Son hombres que no saben desarrollar su auténtica personalidad y se dejan condicionar por el ambiente de la sociedad en que viven, sin tener en cuenta los valores personales.

Todo eso resultaba muy extraño. Si al menos tuviese un punto de partida más claro...

Nye se retiró a descansar después de hablar con los agentes. Nada de nada. El asesino no había dejado la menor huella en la casa.

Al día siguiente se levantó temprano y acudió a su despacho de la Sección para estudiar el informe del forense.

No le reveló nada nuevo. Sólo la confirmación de que era drogadicta y había sido estrangulada.

Llamó al Hospital y se enteró que el cadáver de Julie había sido trasladado a la Funeraria de «Milton & Barry», donde se le haría el funeral.

Acudió a la Funeraria, situada en una de las calles más céntricas de West Palm Beach, en la St. Agustine Street.

Empezaba a llegar la gente que asistiría al funeral y a la sepultura de Julie. Viejos conocidos, como empleados de comercio en los que era cliente y cosas parecidas.

Nye habló con el dueño de la funeraria. Un tipo alto y flaco, vestido enteramente de negro, salvo el cuello blanco y almidonado de su camisa. Un hombre que parecía siempre dispuesto a romper a llorar, que ponía cara de circunstancias como si en todo momento compartiese el dolor de sus clientes.

Nye se presentó y el otro declaró ser Milton, uno de los propietarios del excelente negocio.

Los dos se hallaban en una estancia grande, de paredes pintadas de gris y techo blanco, iluminado por luces indirectas que se hallaban en unos búcaros adosados a la pared, a un par de yardas de altura.

En el centro estaba el catafalco y sobre él, el ataúd, abierto, mostrando el cadáver de Julie Hayward, del que sólo era visible el rostro pálido, cerúleo. Un ataúd de lujo, de la mejor calidad.

—Veo que la ceremonia está montada por todo lo alto —dijo el

inspector federal—. ¿Julie Hayward dejó en su testamento que se hiciesen así las cosas?

—¡Desconozco si la pobre señorita Julie Hayward ha dejado testamento! —respondió Milton con su voz tirando a cavernosa—. La ceremonia es costeadada por el señor Tobías Clarke.

—¿Y quién es Tobías Clarke?

—¡Lo ignoro, inspector! Se puso en contacto con nosotros por teléfono. Luego envió el cheque. No lo hemos visto. Sólo le diré que su dinero era bueno.

—Está bien. Gracias por su información, señor Milton.

Nye fue a ocupar uno de los bancos.

De forma que el funeral y el entierro habían sido pagados por un tal Tobías Clarke. Un perfecto desconocido. Las iniciales T.C., no figuraban en la agenda de Julie. Al parecer, no había sido considerado por Julie como digno de confianza para recabar su ayuda. Sin embargo, él corría con todos los gastos.

Empezó la ceremonia, con poco público.

Vio entrar a Viveca Craig. Pero la joven llegó acompañada de otras dos muchachas y de un hombre y prefirió no acercarse a ella.

Antes de que terminase el funeral, llevado a cabo por un pastor luterano, llevaron dos coronas. Una de rosas rojas y blancas. La otra más discreta, menos llamativa.

Nye se las ingenió para examinar las dedicatorias de las cintas sin llamar la atención de nadie. La corona de rosas ostentaba el nombre de Beny Rumsey. La otra el de Anker Ginger.

El inspector recordó las anotaciones de la agenda, era algo que llevaba grabado en su memoria de forma indeleble. Anker Ginger y Beny Rumsey sí contaron con la confianza de Julie de algún modo. Las iniciales A.

G. y B.

R., sí figuraban en esa hoja de la agenda.

Bien. Ya tenía los nombres completos, correspondientes a las iniciales apuntadas por la mujer asesinada. Dos le eran desconocidos aún. El tercero era un sargento de la policía. Y el cuarto... ¿Quién demonios sería el tipo cuyas iniciales eran E.K., y que Julie las había colocado entre interrogantes?

Unió su coche a de la caravana que acompañó al majestuoso vehículo de la Funeraria hasta el cementerio. Luego esperó hasta el

final, con la secreta esperanza de que Viveca se separase de sus acompañantes y poder hablar con ella. Pero eso no le resultó y volvió solo a la ciudad.

Nye se puso en contacto con central de teléfonos y allí pudieron facilitarle la dirección de Tobías Clarke. El hombre tenía una casita cerca de la carretera que bordea la costa hasta Miami.

Fue allí.

La casita era sugestiva, rodeada por un paisaje paradisíaco. Grandes árboles y plantas tropicales la rodeaban, envolviéndola en un lujurioso verdor. Estaba situada sobre una colina y desde allí podía divisarse el océano, que iba a morir mansamente contra una playa bastante abrupta en algunos trechos, pero atractiva y voluptuosa como toda la costa de Florida.

Nye cortó el encendido del motor y salió del coche.

Los pájaros trinaban sobre las ramas, volaban de un lado para otro, ponían una señal de vida en el ambiente. Pero la casa estaba silenciosa, cerrados todos sus postigos, tenía la apariencia de un lugar deshabitado por los hombres.

Nye oprimió el botón y adentro resonó una campanita.

Repitió la llamada al producirse un expectante silencio.

Oyó pasos que se acercaban a la puerta. Luego preguntó una voz:

—¿Quién es?

—¡Inspector Federal Nye Chapman!

Se abrió la puerta.

Nye se encontró frente a Tobías Clarke. Un hombre de unos treinta años de edad. Alto y bastante fuerte. Un tipo de mentón prominente, de nariz aguileña y gesto agresivo, pero muy varonil. Pero un hombre, también, asustado, corroído por el temor, por ese mismo mal que había hecho presa en Julie Hayward antes de su muerte brutal.

CAPÍTULO IV

EL inspector miró las dos maletas colocadas en el *hall*, los demás detalles que indicaban que Clarke se disponía a emprender un viaje.

—¿Qué se le ofrece, inspector? —preguntó Tobías.

—He asistido al funeral y al sepelio de Julie Hayward. En la funeraria me dijeron que usted había corrido con todos los gastos. Usted sabe cómo murió Julie. Estoy investigando. Me ha extrañado el hecho de que no haya asistido a la ceremonia funeraria después de haberla pagado usted.

Clarke se azaró. Se notaba que había estado preparándose para ese tipo de interrogatorio, pero se azaró, no pudo disimular sus impresiones.

—Salgo para Miami —respondió al fin—. Tengo el pasaje para el avión que sale para Kansas City dentro de unas horas.

—Eso no responde a mi pregunta —alegó Nye—. En realidad, no le había preguntado su punto de destino, ni siquiera si pensaba ausentarse de West Palm Beach. Tiene que existir una razón para que haya pagado el sepelio sin asistir a él. Y otra razón para que se largue apresuradamente y, además, se sienta asustado.

Clarke tartajeó, sin conseguir vencer su azaramiento.

—Es un negocio urgente. No tengo más remedio que efectuar este viaje.

—No me entiende. O no quiere entenderme, Clarke. Esa explicación suya no sirve de nada, no aclara nada. En fin, voy a ir por partes. Usted sabe que Julie ha sido asesinada, estrangulada por una persona. No sé si eso guarda relación o no, pero la verdad es que usted está muy asustado. Como debió estarlo Julie antes de morir. Dígame una cosa. ¿Qué era Julie Hayward para usted?

Clarke se removió por la estancia, con inquietud. Sudaba copiosamente y se pasaba de continuo la mano entre su cuello y el de su camisa, para secar el sudor.

—Esto no es ningún secreto, inspector —respondió al fin—. Julie y yo nos conocimos en Kansas City. Ella trabajaba en un club nocturno, hacía de gancho para los clientes. Pero no era una perdida, sabía conservar su dignidad. Fuimos vecinos y trabamos amistad.

—¿Sólo amistad, Clarke?

—Sólo eso. Verá, inspector, no quiero ocultarle nada. Me enamoré de Julie. En verdad que es difícil que nazca una verdadera amistad entre un hombre y una mujer. Siempre interviene el sexo y rompe ese tipo de relaciones, marca las cosas con sus implicaciones. Yo le llevaba diez años y me di cuenta de que Julie me consideraba un gran amigo, casi como a un hermano, pero sin pasar de ahí y sin esperanza de otra cosa. No quise dar ese paso, la dejé en paz. Debo añadir que no me ha pesado nunca, porque Julie era una mujer voluble, caprichosa. Nuestro matrimonio hubiese sido un fracaso. Un día nos volvimos a encontrar en West Palm Beach. Hablamos de nuestros tiempos, de muchas otras cosas, incluida nuestra gran amistad.

Y de pronto se presentó aquí, en esta casa, para pedirme ayuda. Julie estaba dispuesta a vencer su vicio de las drogas. No me explicó de qué forma. Sólo eso, que iba a terminar con ese maldito vicio. Le respondí que eso me parecía muy bien, que me satisfacía, me alegraba por ella y que contase con todo mi apoyo.

—Muy generoso de su parte, Clarke, sobre todo ignorando la forma en que Julie pretendía acabar con su vicio.

—Bueno. La amistad verdadera es así, inspector. Y mi amistad por Julie era más profunda de lo que pueda parecer. Intuí que se disponía a luchar contra los traficantes. Y entonces no me importó. Pero ahora ella está muerta y todo es diferente. Su muerte hace cambiar las cosas. Le diré algo más. Julie estaba muy cambiada, parecía otra mujer muy distinta a la que yo conocí en Kansas City. Me pareció que estaba cansada de todo, incluso cansada de vivir. Está muerta ahora, ha sido asesinada. Ya le he dicho que su muerte lo cambia todo para mí. Me voy de aquí porque no quiero seguir sus pasos.

—Responda con sinceridad. ¿Ha recibido alguna amenaza?

—No directamente. Sin embargo, en varias ocasiones he sentido la sensación de estar siendo vigilado, de que me acechaban en todas las partes a las que iba. Julie ha sido asesinada. Estoy seguro de que sus asesinos son esos hombres que trafican en drogas. Si saben que ha hablado conmigo, que yo estaba dispuesto a ayudarla, puedo correr su misma suerte. Y es una idea que no me seduce en absoluto. La verdad es que, de pronto, Florida ha dejado de parecerme un lugar atractivo, agradable.

No hacía falta que Clarke expusiera sus sensaciones para comprenderlas. Era suficiente mirarlo para conocer que estaba asustado, lleno de temor, al borde del pánico desbordado.

—Bien. No le culpo por su decisión, Clarke. Pero ha dicho que usted y Julie fueron grandes amigos y eso sí puede reportarme alguna utilidad. ¿Conoce a un hombre llamado Anker Ginger?

Asintió Clarke.

—Claro que conozco a Anker Ginger. Ese tipo estuvo casado con Julie. Se divorciaron. Vive en West Palm Beach. No conozco su dirección, pero sé que está en esta ciudad. Si se lo propone, no le será difícil localizarlo.

—Muy bien. Voy a decirle algo. Julie, al parecer, también había recabado la ayuda de su exesposo para librarse de su vicio.

—¿Está seguro de eso?

—¡No muy seguro! Pero sí tengo indicios de que es así.

—¡Bien! Vivir para ver y ver para creer. Julie se sintió muy infeliz al lado de ese tipo. Pero un hombre jamás llegará a comprender del todo, lo que se oculta en el corazón de una mujer.

—¿Conoce a otro tipo llamado Beny Rumsey?

—Sí. Julie me habló de él. Beny era su prometido. Y esta vez, creo que Julie estaba enamorada hasta los tuétanos. Según su última declaración, Beny está en el *Country* Hospital, ignoro qué clase de enfermedad lo aqueja. Julie no me lo explicó. Vi dolor en ella al mencionarlo y no quise insistir.

—Otra vez tengo que decirle que es usted muy generoso. Responda otra pregunta. ¿Conoce a alguien relacionado con Julie, cuyas iniciales sean E.K.?

Clarke se entregó a una profunda meditación. Y al fin miró con fijeza al inspector para decir:

—No conozco a nadie cuyas iniciales sean ésas, ni Julie me habló de ninguna persona, hombre o mujer, con las iniciales E.K.

Nye sacó la agenda, explicó a su interlocutor dónde la había encontrado. Luego le mostró las fechas.

—¿Esto le dice algo, Clarke? Me refiero a si Julie hizo alguna mención a estos días anotados, que corresponden a los últimos viernes.

Clarke repasó todas las fechas, en actitud pensativa. Luego entregó la agenda a Nye y se mordió el labio inferior, como recordando algo.

—Me parece que puedo decirle algo al respecto —adujo—. Verá, inspector. Julie estuvo aquí, hace unos cuatro días. La encontré muy excitada, muy nerviosa. Me dijo que pronto iba a necesitarme. Luego añadió que contaba con la ley y que todo iba a quedar roto este viernes próximo, que es mañana. Quería que ese día, que es mañana, yo fuese con ella. No dijo para qué ni a dónde, sólo eso, que yo debía acompañarla.

Todo eso hizo meditar a Nye. Después hizo alguna pregunta más a su interlocutor, pero éste no pudo aclararle nada más.

De forma que Julie contaba con la ley y ese viernes, que era el día siguiente, pensaba llevar a cabo algo importante en su lucha personal contra el vicio que la tenía cogida entre sus garras. Bien. El sargento Robert Spok era esa ley con la que Julie contaba. No quedaba otro remedio que hablar con ese hombre y aclarar algunos puntos.

—¿Algo más, federal? —inquirió Clarke ante el prolongado silencio de Nye, rompiendo así su meditación.

—¡No, nada más! Puede irse a Miami para tomar su avión. Pero yo le recomiendo que...

Calló ante el gesto imperioso de Clarke en ese sentido.

El temor se había apoderado del antiguo enamorado de Julie. Pero no era un temor ante el peligro presentido, ante una posible amenaza, que existía como algo lejano o improbable. No. Era el temor ante un peligro real, ante una amenaza que lo acechaba ya de cerca.

—¿Qué le ocurre, Clarke? —indagó el federal.

Le señaló la puerta, queriendo indicarle algo que estaba ocurriendo más allá de la débil barrera que los separaba del

exterior.

—¿No ha oído un ruido extraño? Como si alguien merodease cerca de la casa.

Nye avanzó hacia la puerta y la abrió, sólo para demostrar al otro que sus temores eran infundados, que nada ni nadie había afuera, al acecho.

—¡No conozco a nadie cuyas iniciales sean ésas, ni Julie me habló de tos de un asmático!

El agudo silbido cerca de la cabeza de Nye, el golpetazo contra la pared del fondo del *hall* y la caída de un pegote de argamasa de la misma.

La mente de Nye captó el hecho y sacó la conclusión con tanta rapidez como la de los sonidos que acababan de producirse. Alguien apostado entre los árboles acababa de disparar un arma provista de silenciador. La bala había pasado muy cerca de su cabeza y se había estrellado contra la pared, produciendo un desconchado.

Cerró la puerta de golpe.

Tobías Clarke tenía razón. Él estaba en peligro. Los tipos que habían matado a Julie Hayward sabían que ella había tenido contacto con su antiguo amigo, se hacían una composición de lugar y atacaban.

Clarke también tuvo una idea clara de lo sucedido. Entonces se situó junto a Nye, temblando de excitación, aumentando su transpiración, chorreando el sudor por su despejada frente.

—Estamos perdidos, inspector —jadeó—. Esto es el fin. Esos hombres nos acechan, no van a dejarnos escapar con vida. Mi viaje a Kansas City va a ser un viaje a la eternidad.

CAPÍTULO V

NYE le apoyó la mano en el hombro y lo zarandeó con fuerza. Clarke estaba al borde de un ataque de nervios.

—Cálmese. Las cosas no van a arreglarse con un estallido de nervios. ¿Esta casa tiene otra salida?

La respiración de Tobías Clarke era jadeante. La pregunta de Nye acentuó su jadeo al tiempo que brillaba en sus ojos una luz de esperanza.

—Sí —respondió—. Atrás. Una puerta. Sale a un sendero que baja directamente a la orilla del mar.

—Vamos allá.

Atravesaron el *hall* y entraron en un cuarto amueblado como comedor.

Allí estaba la puerta. El sendero, que discurría entre las plantas y el arbolado, era visible desde la ventana en más de un centenar de yardas.

—Apártese de la puerta —indicó a Clarke.

El otro obedeció. Entonces Nye empuñó la manecilla y abrió, haciéndose a un lado.

La sucesión de sonidos se repitió como en un disco rayado. El seco sput, el agudo silbido, el golpetazo, el pegote de argamasa cayendo al suelo...

Nye cerró de un portazo. Luego, tranquilamente, sin perder la calma, empuñó su pistola de reglamento.

No se molestó en disparar. Tenía que hacerlo completamente a ciegas y eso iba en contra de las normas. En la Academia se les recalca eso mucho a los alumnos y futuros agentes. Un federal nunca debe desenfundar su pistola por cualquier cosa. Cuando lo hace, tiene que ser por un motivo serio y disparar sobre seguro, a

matar. Allí no existía ese precedente.

Bien. Había más de un hombre al acecho de Tobías Clarke. Y todas las ventajas estaban de parte de esos tipos. Pero esas ventajas no eran suficientes para considerar que también tenían en sus manos todos los triunfos.

Hizo una señal a Clarke y retornaron al *hall*. Nye tomó el auricular y sonrió al comprobar que funcionaba correctamente.

Todo era cuestión de esperar unos minutos.

Disco el número de la Sección del F.B.I., y comunicó lo que estaba sucediendo, para recabar el envío de un coche con dos o tres agentes, que permitiese romper el cerco de fuego y plomo que había sido tendido.

Apenas había dejado el aparato en su sitio, cuando las balas empezaron a quebrar los cristales de las ventanas.

No había estampidos, no se percibía el excitante bramido de las armas de fuego. Los tubos silenciadores lo impedían. Pero silbaban las balas y los cristales caían fragmentados, se partían con sonoros chasquidos.

Los tipos disparaban sin tasa, rabiosamente al parecer, como si hubiesen escuchado su conversación.

Nye llevó a Clarke junto a una pared al comprobar que algunas balas atravesaban los ventanos con facilidad y silbaban en la estancia.

Otra vez el temor se apoderaba de Clarke, otra vez sus nervios estaban a punto de estallar.

—No podrán llegar a tiempo —jadeó—. Esos tipos van a liquidarnos antes. Después de tirotear la casa, atacarán.

—¿Quién dice eso? Vamos, cálmese. Ya se lo he dicho. Eso de los nervios. La serenidad es algo esencial en estos casos. Reduce el peligro a la mitad. Esto no es un tiroteo preparatorio para el ataque. No estamos en el día «D», de Normandía. Nosotros no podemos salir. Pero ellos tampoco pueden entrar.

Cesó el tiroteo, tan súbitamente como se había iniciado. Después transcurrieron unos quince minutos de absoluto silencio, antes de que pudieran escuchar el sonido del motor de un coche lanzado a toda velocidad.

El coche frenó delante de la casa, con penetrante chirrido, con un gemido de protesta de los neumáticos.

Nye abrió una de las contraventanas para mirar al exterior.

—Son mis agentes —dijo—. Creo que ya ha pasado el peligro.

Salieron, cuando los recién llegados, tres agentes, se disponían a llamar.

Nye les señaló los puntos aproximados desde los que habían disparado contra ellos.

—Busquen algo por ahí, muchachos. Huellas y demás. No creo que encuentren a ninguno de esos tipos.

Mientras los agentes desaparecían entre la maleza, Nye habló a Clarke:

—¿Dónde tiene su coche?

—¡En ese pequeño garaje contiguo a la casa!

—Bien. El tiempo apremia. Tendrá que darse prisa si quiere llegar a tiempo a su avión para Kansas City. Saque el coche y cargue las maletas.

Obedeció Tobías Clarke. Y cuando estaba terminando de llevar a cabo la colocación del equipaje, llegaron los agentes, que daban por terminada su inspección.

Mostraron a Nye algunas cápsulas vacías que habían encontrado.

—Ni rastro de ellos. Esto es todo lo que queda como señal de que han disparado. Rifles de repetición. Florida es un paraíso para los cazadores. Debe haber millares de rifles como éste en todo el Estado.

—¡Desde luego! Bien, Clarke. Puede marcharse cuando quiera. Mis agentes le seguirán de cerca y luego le escoltarán hasta el avión.

Clarke se permitió sonreír.

—Escuche, inspector. No creo que sea necesario. Me siento mucho más tranquilo. Eso me permite pensar mejor, con más claridad. Usted tenía razón. Dejarse llevar de los nervios es lo peor que puede sucederle a uno. La verdad es que...

—No se corte, Clarke. Diga con sencillez que tenía miedo. Mejor dicho, no le dé miedo decir que ha tenido miedo. Todos lo hemos sentido alguna vez. Y, siempre se siente cuando existe un peligro. Se disimula más o menos, pero es inevitable.

Volvió a sonreír Clarke, satisfecho por la franqueza del inspector.

—Celebro que sea usted así, inspector. Verá. Al fin, yo no sé

nada de esos traficantes de drogas, si es que se trata de ellos. Lo más seguro es que hayan querido asustarme. Una vez comprueben que me voy de Florida, creo que me dejarán en paz.

—Posiblemente tenga razón, Clarke. Buen viaje.

Estrechó su mano. Luego esperó a que el hombre partiese con su coche.

—Atención, muchachos —dijo a los agentes—. Vuelvan al coche. Esperen un poco y luego siga a distancia a Clarke. No le pierdan de vista hasta que haya subido al avión. ¿Entendido?

—Okay.

Estaban entrando en el auto, cuando llegó hasta ellos el profundo chirrido de un coche frenando con intensa brusquedad.

Todos miraron hacia esa parte de la carretera, pero sin ver nada, porque la cinta asfaltada formaba un pronunciado recodo unas yardas más allá y los árboles lo ocultaban todo.

Resonó una portezuela al ser cerrada de golpe. Y de pronto se elevó un grito infrahumano, un grito de terror desbordado.

—¡Pronto! —bramó Nye—. Ése es Clarke.

Se colaron en el coche los cuatro, mientras el conductor arrancaba ya a toda velocidad, arrancando gemidos de protesta al potente motor.

Doblaron el recodo, enfilaron la recta que seguía y el agente encargado de conducir redujo un tanto la velocidad y movió el volante para atacar bien el siguiente recodo.

Lo doblaron.

El coche de Tobías Clarke estaba cruzado en la carretera, la taponaba por entero.

El pie, casi instintivamente, aflojó el acelerador y oprimió el pedal del freno, lo hundió hasta el fondo.

Patinaron los neumáticos, gritaron y se deslizaron por el asfalto, dejando profundas huellas detrás de ellos.

Se detuvieron, a escasas pulgadas del coche cruzado.

Saltaron a tierra.

Un coche se alejaba a toda velocidad en dirección a Miami. Pero era imposible pensar en seguirlo. Primero había que mover el coche cruzado. Un tiempo precioso. Y no podían servir una descripción a los patrulleros.

Observaron movimiento debajo del coche.

Clarke estaba allí, se arrastraba para salir y mostraba huellas de sangre en su hombro izquierdo. Todo su cuerpo temblaba como bajo la acción de un frío muy intenso. Su coche presentaba huellas de disparos.

Le ayudaron a ponerse en pie y Nye comprobó que sólo tenía un ligero rasguño de bala en su hombro izquierdo. Un balazo de mucha suerte para él.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

—Terrible, inspector. Yo venía conduciendo muy despacio, admirando el paisaje, como despidiéndome con pena de él, sintiendo perderlo de vista. De pronto salió un coche de entre esos árboles y se cruzó delante. No tuve más remedio que frenar. Abrí la portezuela para decirles que dejaran el paso libre y entonces vi que empuñaban armas. Eran dos tipos. Me tiré al suelo y me colé debajo del coche. Me sentí muy asustado. No pude dominar mi miedo. Es posible que me falte práctica para llegar a ese disimulo del miedo del que usted habló antes. Cuando caía al suelo, sentí que recibía esta herida.

—¿Cómo era el coche, qué modelo? ¿Pudo fijarse en su placa?

Denegó Clarke.

—Nada. No reparé en ningún detalle de éstos. Sólo recuerdo que la carrocería estaba pintada de rojo.

—¿Y los dos hombres?

—¡Bueno! El temor me impidió reparar en detalles, inspector. Lo siento. No soy capaz de describir detalle alguno de esos dos tipos. Sólo me fijé en sus armas. De cañones gruesos y largos.

—¡Eran los tubos silenciadores! Bien. Regrese a su casa. ¿Tiene un botiquín?

—Sí.

—Mis agentes le curarán esa herida. No tiene la menor importancia. Apenas es un rasguño. Cámbiese de ropa. Se ha puesto hecha una lástima al arrastrarse por el suelo y también está manchada de sangre. Luego, ellos lo acompañarán hasta el avión.

Estrechó su mano, que temblaba aún, se despidió diciéndole que le enviase sus señas de Kansas City por si necesitaba comunicarse con él y subió a su coche para rodar hacia West Palm Beach, en busca del esposo de Julie Hayward.

CAPÍTULO VI

NO le fue difícil localizarlo. Y cuando el exesposo de Julie Hayward le franqueó la entrada y lo invitó a pasar a su apartamento, se encontró frente a un hombre dominado por los nervios y algo bebido.

Anker Ginger era un hombre bien parecido, tres o cuatro años mayor que Julie.

—Discúlpeme un momento, inspector —adujo. Abandonó el *hall*, para internarse en el lavabo. Enseguida reapareció, llevando un tubo de comprimidos para los nervios.

Abrió el tapón de plástico y echó dos tabletas en la palma de su mano.

Se las tragó, ayudadas por un trago de *whisky*. —No creo que el *whisky* compagine muy bien con ningún producto farmacéutico— adujo Nye.

—Bueno. Necesito calmantes. Siempre los he necesitado. Los nervios me traicionan. Pero sin explosiones. Todo se queda en mi interior. Y ahora más que nunca, mis nervios están a punto de estallar. ¿Sabe? Celebro que haya venido. Estoy recibiendo llamadas periódicas por teléfono. Amenazas veladas. Es irritante, depresivo. No puedo más.

—Entiendo. No voy a hablarle de la muerte de Julie, porque usted conoce ya todos esos detalles. Supongo que las llamadas anónimas están relacionadas con todo eso. Dígame todo lo que sepa, Anker.

Ginger paseó por la estancia. Luego fue a sentarse en el sillón fronterizo al que ocupaba Nye.

—Verá, inspector. Todo es más sencillo de lo que pueda parecerle. Julie vino un día a buscarme. Aquí mismo. La encontré

muy enigmática. Pero eso no llamó mi atención, porque eso formaba parte de su temperamento, de su carácter. Me pidió ayuda, me dijo si podía contar conmigo para todo. Luego añadió que, decidiese lo que fuera, no podía tener ninguna esperanza.

—¡Un momento, Anker! Acláreme eso mejor. ¿A qué clase de esperanza se refirió Julie?

—Bien. Julie sabía que yo estaba enamorado de ella, tan enamorado como el primer día.

—Si la amaba así, ¿por qué permitió que su matrimonio se rompiese del todo? ¿Fue culpa de ella? ¿Hubo algún hombre entre los dos, o acaso una mujer?

—¡La culpa fue de los dos! Verá, inspector. Julie era muy aficionada al teatro, quería ser algo en el mundillo de las tablas, decía que su vocación verdadera era la de ser actriz y que tenía aptitudes para llegar a eso. Yo la dejé en entera libertad al respecto. Comprendía. La amaba demasiado para intentar quitarle esa idea de la cabeza. Pensé que si ella servía para el teatro, yo no podía ser un obstáculo en su camino. Y si no servía, ella misma se daría cuenta y todo quedaría como antes. Acudí a una academia de declamación. Y allí adquirió el vicio de la droga. Algunos de sus compañeros la empujaron, al parecer. En un principio, la cosa no tuvo demasiada importancia. Pero eso creció y surgieron riñas entre los dos. Julie no hizo caso de mis consejos. Entonces la abandoné. Es posible que cometiera un error, que equivocase el camino. Quizá me faltó comprensión y una clara visión del problema. La verdad es que la amaba mucho. Pensé que Julie me amaba también así, con tanta intensidad como yo a ella. Idealicé las cosas y llegué a imaginar que ella podía buscar su regeneración sólo por no perderme. Ése fue mi error. Julie no volvió jamás a mi lado. De pronto me llegó una petición de divorcio. Entonces me enteré que estaba actuando en una compañía de teatro en provincias. Ella actuaba como primera actriz, bajo las órdenes de un tal Eliot Keller. Indagué y supe que la compañía era de una importancia muy escasa, de pocas posibilidades económicas y artísticas. Dicho con otras palabras más claras, un verdadero fracaso en todos los sentidos. Al parecer, ese Eliot Keller era uno de los profesores que había tenido Julie en la academia de declamación y había formado la compañía por su cuenta. La perdí de vista por completo. Y luego nos encontramos.

Así, de pronto. Fue una verdadera coincidencia. Yo había venido a Florida a pasar una temporada de descanso. Concretamente a West Palm Beach. Y aquí, en esta misma ciudad, se disolvió la compañía teatral por falta de dinero y de aliciente artístico. Julie me confesó que estaba enamorada, que se iba a casar con un tal Beny Rumsey. Me di cuenta de que amaba de verdad a ese hombre, posiblemente más de lo que me había amado a mí. Eso me hizo comprender que todo estaba terminado entre nosotros dos y que Julie tenía razón: no podía albergar la menor esperanza.

Al terminar de dar su explicación, Anker se levantó de nuevo, paseó por el *hall*, llevó su mano derecha al estómago, como si estuviera sintiendo alguna molestia gástrica. Nye pensó que se debía al *whisky* ingerido y no se preocupó demasiado. Además, otro pensamiento ocupaba toda su mente.

—Dígame otra vez el nombre de ese antiguo profesor de Julie, y más tarde dueño de la compañía teatral —aduje.

—Eliot Keller —respondió Anker en un tono de voz débil, casi desfallecido.

Sí. Eliot Keller. Nombre y apellido que correspondían a las iniciales E.K., anotadas por Julie en su agenda entre dos grandes signos de interrogación. ¿Qué significaba eso? ¿Una duda de Julie acerca de la posibilidad de contar con la ayuda de ese hombre, o acaso una duda sobre si Keller estaba limpio o formaba parte de la organización de traficantes de drogas?

—Hábleme de ese tipo, de Eliot Keller —invitó—. Dígame todo cuanto sepa acerca de él.

—Muy poca cosa, inspector. No lo conozco. No lo he visto en mi vida. Recuerdo que Julie mencionó su nombre al contarme esa parte de su vida, pero nada más. Tuve la impresión de que Julie había estado enamorada de él, pero que eso era ya agua pasada.

Anker apoyó sus manos en el respaldo del sofá y su cuerpo se sacudió en espasmos. Su respiración se hizo fatigosa, su rostro adquirió una palidez entre amarillenta y verdosa, el sudor perló su frente y fue visible la mueca de dolor de sus facciones, contraídas ahora.

Nye se apresuró a situarse a su lado y le ayudó a tenderse sobre el sofá.

—Se siente mal, Anker. Debe ser el *whisky* ingerido.

—No —pronunció a duras penas el hombre—. He bebido así otras veces. Tengo una sensación de ahogo. Mi garganta...

Se la oprimió con las dos manos, como si alguien le estuviese clavando los pulgares en la tráquea, luego se agitó y una espuma verdosa apareció en sus labios.

Nye no vaciló. Los síntomas eran de envenenamiento. Unos segundos perdidos y todo se habría terminado trágicamente.

Llamó a una ambulancia, pidió la ayuda de un médico.

La ambulancia llegó pronto, con sus camilleros y el doctor.

El médico le obligó a tomar un potente vomitivo para limpiar su estómago. Pero torció el gesto, sin confiar demasiado en su efecto.

Nye siguió a la ambulancia, estuvo presente mientras sacaban a Anker, lo metían al hospital en una camilla de ruedas y los médicos se disponían a intervenirlo.

El doctor que lo había acompañado salió unos minutos más tarde y puso aire de circunstancias al decir a Nye:

—Lo siento. Ha muerto. Su estado era desesperado.

Nye no esperó más. Regresó al apartamento de Anker Ginger y tomó la botella de *whisky* de la que había estado bebiendo y el tubo de los comprimidos calmantes para los nervios.

Llevó todo al laboratorio de la Sección del F.B.I., para que fuese analizado. Y el resultado lo obtuvo poco después.

—El *whisky* es de maíz, sin mezclas. Entre esos sedantes hemos encontrado dos compromisos que contenían fuertes dosis de arsénico, mezclados con los restantes, inocuos.

Nye comprendió. Una mano misteriosa había mezclado con los sedantes corrientes, algunos que estaban hechos a base del activo veneno. Un día u otro, Anker tomaría uno de esos comprimidos. Lo mismo daba hoy que mañana. Lo importante era cerrar su boca para siempre, porque era una de las personas dispuestas a prestar su ayuda a Julie Hayward. Y cualquiera había podido entrar en ese apartamento y efectuar el cambio de comprimidos.

Bien. Avanzaba la tarde de una forma inexorable, de esa forma inexorable propia del tiempo para los mortales, sin que la investigación avanzase al mismo ritmo. El jueves se estaba pasando hora a hora, minuto a minuto, segundo a segundo. Unas horas más y cedería el paso al viernes, al día señalado por Julie... ¿Para qué? ¿Qué significaban esas fechas anotadas por Julie Hayward en su

agenda?

Bien. Era imprescindible hablar con Beny Rumsey, el prometido de Julie. Y también con el sargento Spok.

Nye se inclinó por el segundo. El sargento debía ser el mejor enterado de los propósitos de Julie, puesto que era el policía, el representante de la ley, en el que parecía querer depositar toda su confianza.

Lo buscó en Jefatura.

Robert Spok era un hombre joven y muy bien parecido. Seguro que de haber sido un gigoló hubiese tenido mucho favor entre las mujeres. Guapo, atractivo, alto y atlético... Esa clase de hombres por los que las mujeres sienten despertar un atractivo biológico inmediato, una simple ilusión.

Le habló de Julie Hayward, sin rodeo alguno.

Spok movió su cabeza en un gesto afirmativo.

—Sí —dijo después—. Recuerdo a Julie Hayward. Me llamó por teléfono, me buscó de parte de Viveca Craig. Pero no me dijo nada concreto. Sólo insinuó que acaso necesitase mi ayuda para acabar con una banda dedicada al tráfico de drogas. Todo quedó así. No pude sonsacarle nada por más que me esforcé. Y Julie no volvió a llamarme. La verdad es que pensé que se trataba de una mujer que no estaba en su sano juicio. No una loca precisamente, pero sí un cerebro que sufría algún trastorno en su funcionamiento. No sé si entiende lo que quiero decirle.

—Lo entiendo. Y le aseguro que es un juicio equivocado. Julie sabía bien lo que estaba haciendo. Por eso la han estrangulado.

Nye abandonó la Jefatura.

Bien. Eso se iba definiendo paso a paso. Ya sabía ahora que Julie Hayward había solicitado la ayuda de esas personas: para luchar contra los traficantes de drogas. Nada de un apoyo moral para librarse del vicio, sino una lucha sorda, profunda, contra las personas que propagaban ese vicio nefasto entre otros seres débiles como ella.

CAPÍTULO VII

NYE llamó al apartamento de Viveca.

Le abrió la muchacha, que se sorprendió al verle.

—¡Usted...!

—¡Yo, sí! ¿Puedo pasar? Si tiene que ir al club ahora, la llevaré.

—No tengo que ir al club esta noche. Es día libre para mí.

Le cedió el paso y Nye se instaló cómodamente en un sillón del sencillo *hall*. Aceptó el *whisky* de Viveca y también sus secas miradas y su gesto de contrariedad.

—Veo que no le caigo simpático, Viveca —dijo—. Y me duele eso. Porque usted sí que me resulta muy agradable, muy grata su compañía.

—No es cuestión de simpatía —respondió ella—. Si usted no fuese un inspector federal, también me caería bien. Pero es un policía que investiga la muerte de Julie y todo eso es muy desagradable para mí.

—Lo comprendo. Pero las cosas se han complicado.

Acto seguido, le explicó la muerte del exesposo de Julie y el atentado sufrido por Tobías Clarke como consecuencia de la decisión de la mujer.

—Verá, Viveca —añadió después—. Tengo la completa seguridad de que usted conocía a Anker Ginger. Y también tengo la completa seguridad de que conoce a Beny Rumsey, el tipo que iba a casarse con Julie.

Viveca perdió una parte de la calma de que se había revestido desde la llegada de Nye. Bebió un trago de *whisky* y encendió un cigarrillo, temblando su mano al aplicar la llamita del encendedor la punta del pitillo.

—Tiene razón —dijo al fin—. No voy a negarlo. Conozco a Beny.

Ayer no quise decirle nada de esto. No me gusta hablar de ciertas cosas. Ésta es una de ellas. Usted no puede comprender...

—Claro que puedo comprender, Viveca. Incluso es posible que lo comprenda todo mucho mejor de lo que usted puede imaginar. Por eso estoy aquí. No es difícil localizar a Rumsey, una vez conocida su identidad. La policía federal cuenta con recursos para eso. Pero quiero que usted me facilite ese trabajo. ¿Dónde puedo encontrarlo?

Viveca no intentó resistir, a pesar del desagrado que todo eso le proporcionaba.

—Beny está internado en el
Mark's
Hospital.

La ceja izquierda de Nye se arqueó, en un gesto muy peculiar en él.

—¿Qué pasa con Rumsey? —preguntó.

—Beny es drogadicto. Su estado de intoxicación es muy avanzado.

—¡Ya! Otra vez la maldita droga.

—¡Usted lo ha dicho, inspector! Otra vez la maldita droga. Una verdadera lacra de la humanidad.

—¡Una lacra muy antigua, Viveca! La verdad es que el término genérico de la palabra droga ha experimentado muchos cambios en el tiempo. En el siglo XVI, se denominaban drogas a todas las especies que los holandeses introdujeron en Europa, procedentes del Extremo Oriente. La canela, la pimienta, la nuez moscada... Después, al utilizarse muchos de esos productos para la obtención de fármacos, la acepción cambió hacia el campo de la medicina. Entonces recibieron el nombre de estupefacientes. Su uso y abuso se inició realmente en el siglo pasado. Los narcóticos naturales, como el opio, el hashish y sus derivados, fueron extendidos por Asia por los propios países europeos. Los ingleses llegaron a implantar un mercado de opio en Asia, para favorecer sus intereses nacionales a costa de la explotación en gran escala de ese terrible vicio. En Europa, el uso de estupefacientes formaba parte del modo de vivir de los artistas bohemios. Eso hizo que la droga fuese considerada como un «veneno sublime», que exalta y aturde. Es la acción de la droga sobre los centros nerviosos. Empieza con una primera fase de plena armonía fisiológica, que se denomina la cenestesia, y termina

con la obnubilación y el delirio.

—Es terrible el resultado.

—Desde luego, Viveca. La droga actúa sobre el psiquis y sobre el organismo del individuo que la toma, hasta alterar profundamente su personalidad.

—¿Por qué no se prohíbe terminantemente su fabricación? Una acción conjunta de todos los gobiernos podría destruir esos productos naturales de los que se obtienen y...

—Eso no es posible, Viveca. Muchas de estas sustancias poseen altas cualidades anestésicas y analgésicas. El uso terapéutico de la morfina y de la cocaína está justificado. Su desaparición sería algo así como condenar a la desesperación a muchos seres inocentes, roídos por el dolor. En eso estriba la dificultad mayor para restringir estos productos. El mal no radica en el uso de la droga, sino en el abuso de ella. Desde que el mundo es mundo, existen seres depravados que viven de la sangre de los demás hombres, sobre todo de los débiles. Ése es el mal. Desde que se abrió la caja de Pandora, el bien y el mal caminan juntos por el mundo. O visto desde nuestra religión, desde que los ángeles malos se sublevaron contra Dios.

—¡Entiendo! Es un problema mucho más grave de lo que pueda parecer.

—Es un problema gravísimo. El toxicómano o drogadicto, como se les denomina en la actualidad, es nocivo para sí mismo y para la sociedad. En todo momento siente un deseo invencible de continuar haciendo uso de la droga y se la procura por cualquier medio, sea lícito o ilícito. Además, tiene la tendencia a aumentar la dosis. Se convierte en una especie de esclavo de la droga. Un esclavo físico y psíquico. Todos los Estados han adoptado medidas de seguridad al respecto. Pero la lucha es muy difícil por lo que he apuntado antes. Bien. Vamos al hospital.

Antes de entrar a ver a Beny Rumsey, el inspector habló con el doctor que lo atendía para comprobar algunos datos acerca del estado de salud del prometido de Julie Hayward.

El médico movió la cabeza, como en señal de impotencia, antes de dar su respuesta.

—Beny Rumsey está muy mal, inspector. La droga ha hecho estragos en él. Tiene el organismo de un anciano de setenta años.

Está acabado. Ha quemado su vida prematuramente.

Viveca y él entraron en la habitación ocupada por Rumsey.

Beny era un muchacho de ojos vivaces, de sonrisa fácil, de conversación simpática y muchas veces insustancial y alegre. Sólo que ahora, quemado su organismo, esas señales aparecían rara vez en él. Grandes bolsas se habían formado bajo sus ojos, sus pómulos estaban amoratados y su sonrisa era triste, apagada. El abuso de la droga lo había convertido prematuramente en una ruina humana, en un ser acabado. Un tic nervioso sacudía su cuerpo de cuando en cuando. Luego, ese tic aparecía en sus ojos, en sus labios...

Miró a sus dos visitantes y su expresión se animó un poco al fijarse en Viveca. Sus labios dibujaron una media sonrisa, que resultó una mueca casi sarcástica.

—¡Hola, Viveca! —pronunció con voz débil.

—¡Hola, Beny! ¿Cómo te encuentras?

—¡Endiabladamente mal! Creo que esto es el fin, Viveca. Pero tampoco puedo quejarme. Me parece que he vivido mi vida a marchas forzadas y éste es el resultado. Bien. ¿Quién es el amigo que te acompaña? Me parece que no nos conocemos.

—¡Es el inspector federal Nye Chapman! Está investigando el asesinato de Julie y quiere hablar contigo.

—Entiendo. Puede preguntar lo que quiera, federal. Poder contribuir en la medida de mis posibilidades al castigo de ese asesino, es una gran satisfacción para mí. Quizá mi última satisfacción.

Nye se fue derecho al grano. Le explicó cómo estaban las cosas y le preguntó acerca de la intención de Julie y demás.

—Usted ve cómo estoy, en lo que me he convertido —respondió al fin Beny—. Pues bien, Julie me amaba más que a nadie, como jamás había amado en su vida. Dicen que a la tercera va la vencida. Creo que eso se cumplió con Julie. En su vida hubo tres amores. Anker Ginger, Eliot Keller y yo. A ninguno de esos dos hombres los amó como me amó a mí.

—¿Qué sabe de Keller?

—Muy poco. Nada prácticamente. A Julie no le gustaba hablar de su pasado. Sólo una vez mencionó sus nombres, para añadir que su amor por mí no podía compararse a lo que había sentido por esos dos tipos.

—Ya. Usted se ha esforzado en aclarar el gran amor de Julie. Supongo que es para llegar a la conclusión de que Julie se metió en este lío para vengar su miseria y también la de ella. Me refiero a la miseria que se deriva de la droga.

Asintió Beny.

—Sí, inspector, era ésa la intención de Julie, luchar hasta el fin de sus fuerzas para hundir a esos miserables. Lo malo es que sus fuerzas han resultado muy escasas. El triunfo ha sido de los malos.

—Eso está por decidir aún, Beny. Es posible que el esfuerzo de Julie obtenga el resultado que ella buscó. Lo malo es que no podrá verlo. Bien. Vea esto y dígame si sabe algo sobre ello.

Le mostró las fechas consignadas en la agenda.

—¿Le dicen algo estas fechas, Beny?

—Sí. Supongo que existen traficantes de drogas en todos o en casi todos los lugares del mundo. Julie hubiese deseado acabar con todos de una vez. Pero eso era imposible y Julie era una mujer muy realista. Se limitó a luchar contra los traficantes más inmediatos a ella, contra los que trabajan en esta misma ciudad, conectados con otros lugares. Estas fechas indican los días de llegada de cargamentos de drogas para los traficantes de West Palm Beach. Todos los viernes. Cantidades semanales, fáciles de ocultar y de transportar. Ella vigilaba. En todas estas fechas, Julie vio hacer las entregas. Seis semanas. Trabajo lento y largo, porque quería estar bien segura antes de descargar el golpe.

La declaración sencilla, pero tajante, de Beny, despertó el interés del inspector. Allí había mucha tela por cortar. Lástima que Julie no hubiese pensado en la policía federal desde un principio, en lugar de querer trabajar por su cuenta y riesgo, con la ayuda de algunos amigos y de un sargento de la policía. Ese error lo había pagado muy caro, Y no era eso lo peor. Lo peor era que su trabajo y su muerte podían resultar estériles, sin provecho, sin resultado positivo: ese resultado positivo por el que Julie Hayward había corrido tantos peligros.

CAPÍTULO VIII

NYE disparó su pregunta:

—¿Dónde reciben la mercancía?

Beny hizo una mueca de impotencia antes de dar su respuesta:

—No lo sé, inspector. Julie no me reveló ese dato. Ignoro si ese lugar es dentro de la ciudad o fuera de ella. Lo ignoro por completo. Y de verdad que lo siento. Sin embargo...

Calló para entregarse a una profunda reflexión. Y al concentrarse en sus pensamientos, se acentuaron los tics nerviosos de su cuerpo vencido por la droga.

—Sin embargo, ¿qué, Beny? —apremió Nye.

—Bueno. Julie no aseguró nada de esto. Una vez mencionó a Sparky, el dueño del club nocturno en el que Julie trabajaba de «taxi-girl».

Es el «Macy's Hall». Nada de esto es seguro, inspector. Pero yo tengo esa sospecha. Sparky es un pájaro de cuenta. Creo que en su club hay algo de eso.

Asintió Nye.

Sí. Beny Rumsey no debía andar muy descaminado en sus sospechas acerca de esa actividad secreta de Sparky. El también conocía al dueño del «Macy's Hall». Un pájaro de cuenta. Ése era el calificativo que mejor le cuadraba. Antiguo miembro de un gang de Nueva York, que había emigrado a Florida, en busca de aires más sanos para él. La policía de la gran ciudad del Atlántico le pisaba los talones y buscó allí una nueva oportunidad.

—Julie quería acabar con todos esos tipos que medran a costa de las debilidades del prójimo —añadió Beny—. Ésa era la idea que se le había metido en la cabeza. Gran muchacha Julie. Pero supongo que todo eso era demasiado arriesgado. Esos hombres carecen de

escrúpulos. Sólo cuentan ellos y su maldita ambición insaciable.

—Sí Beny, usted lo ha dicho. Sólo cuentan ellos y su ambición. No vacilan en matar para eliminar obstáculos, como no vacilan en provocar el vicio, en arruinar vidas humanas para poder satisfacer esa ambición. Bien. Suerte, Beny.

—Mi suerte está ya echada, inspector. Suerte para usted. Si hunde a esos miserables, mi muerte será mucho más dulce y tranquila.

Abandonaron los dos la habitación y bajaron a la calle.

Viveca se había puesto muy seria nada más entrar en aquella habitación del joven condenado a muerte y esa seriedad no la había abandonado. Era fácil darse cuenta de que había habido algo entre Beny y ella. Y ese algo había sido truncado por Julie Hayward. Asunto de pantalones, tan complicados para ellas como los asuntos de faldas para los hombres.

Nye condujo el coche, sin prisa, por las calles de la ciudad. Central Park, Milton Avenue, Roads Street...

—¿Por qué no quiso decirme desde un principio que conocía a Beny? —le preguntó.

—No quería oír hablar de él.

—¡Ya! Beny es el motivo de su inquina contra Julie Hayward, ¿no, Viveca?

La joven no vaciló en su respuesta.

—Sí. Beny y yo éramos buenos amigos. No habíamos hablado aún de noviazgo, pero eso estaba llegando por sus propios pasos contados. Luego, hubiese seguido adelante o no, pero ahí estaba el hecho.

—¡Entiendo perfectamente su actitud, Viveca! Sin embargo, no puede negarme que Julie era una gran mujer. Ella quería acabar con esos miserables y lo hacía por amor. De no haber amado tanto a Beny, no hubiera nacido en ella la idea de la venganza.

Viveca lo miró de soslayo al tiempo que hacía una mueca de incredulidad.

—No la idealice tanto, inspector. Pocas personas llegan a alcanzar el grado de sublimes. Por supuesto, Julie no era una de esas personas. Si la sube a un pedestal, el golpe va a ser doble para Julie y su reputación.

—Supongo que tiene sus motivos para decir eso. El rencor no

nace sólo porque sí.

—Claro que tengo motivos. Usted no sabe nada de esto. Se limita a juzgar a través de lo que ha visto y eso le hace errar, porque carga de virtudes a Julie, sin conocer ninguno de sus defectos. Verá, inspector. Beny era un muchacho limpio. Quizá un poco alocado, un poco superficial, pero limpio, sano. Julie me lo quitó. Ya le he dicho que no estaba completamente enamorada y que sólo cuenta la acción. Bien. Julie lo empujó a probar la droga, a ser como ella. Voy a decirle más y no creo equivocarme al emitir este juicio. Julie buscó a Beny sólo para inculcarle el terrible vicio. Era y es un ser muy manejable. De esa forma, proporcionando un nuevo cliente, ella podía obtener la droga con más facilidad. Pero se enamoró de verdad de Beny. Eso la impulsó a luchar. No quiso limitarse a denunciar a los tipos que la proveían de ese veneno. Quiso llegar a la raíz, al fondo del asunto, quiso extirpar el mal desde abajo arriba. Pero antes, ella misma había sembrado ese mal.

Nye meditó en las palabras de Viveca, y las encontró muy razonables. Sí. Estaba seguro de que la joven había expuesto una cruda realidad de los hechos. Las cosas habían sucedido de ese modo. Julie ganaba poco dinero después de su fracaso como actriz. Sus sueños de llegar a ser una figura se habían desvanecido al choque con la realidad. Eso la obligó a aceptar un empleo de «Taxi-girl».

Un puesto mal pagado y peor mirado. Y la droga exige cada vez un desembolso mayor de dinero. Así, buscando nuevos clientes, se obtiene un descuento, una especie de moratoria para el drogadicto. Pero llegó el amor y así se hizo el milagro.

—Entiendo —dijo al fin—. Creo que usted tiene razón, que las cosas han sucedido de ese modo, Viveca.

Pensó en Sparky, en el flamante dueño del «Macy's Hall». El viejo hampón neoyorkino era un punto importante a investigar en el asunto.

Luego estaba ese enigmático Eliot Keller. ¿Por qué ese interrogante entre sus iniciales? ¿Una duda acerca de si podría contar con su ayuda o una duda acerca de su culpabilidad?

Miró a Viveca antes de formular su pregunta.

—Creo que voy a necesitar su ayuda, Viveca.

—Y yo quiero ayudarle, inspector.

—Es posible que pueda hacer bastante. Pero voy a imponerle una condición. No me llame inspector cada vez que me hable. Mi nombre es Nye.

—Está bien... Nye.

—Así está mejor. ¿Quiere que cenemos juntos?

—No. Lléveme a mi casa. No siento el menor ánimo para salir esta noche a cenar fuera de casa. Además... Bueno. Después de Beny, el mundo no se hundió para mí.

—¿Otro hombre?

—Sí.

—¿Muy enamorada?

—Mi respuesta es la misma de cuando me preguntó si había estado enamorada de Beny. De momento, todo es una ilusión. Un buen cimientito. Todo puede quedar en eso o seguir adelante. Es cuestión de tiempo y de confianza. Me parece que son los dos ingredientes básicos del amor, aunque resulte un poco prosaico decirlo así.

—¡Lo prosaico es el pan nuestro de cada día!

Nye sonrió de labios afuera. No sabía por qué, pero le molestaba la idea de que hubiese otro hombre en la vida de Viveca. Quizá porque ella le gustaba, porque era endiabladamente bonita y porque él también había puesto el cimientito de la ilusión.

Frenó el coche en el aparcamiento situado frente a la entrada del edificio donde Viveca residía.

—Bien —dijo—. Hemos llegado. Si recuerda algo que le parezca importante, dígamelo.

—¡Está bien! Lo haré así.

Nye apoyó su mano en el hombro de la joven y la obligó a volverse hacia él. A través de su mirada, Viveca se dio cuenta de que el inspector iba a besarla. No hizo nada por evitarlo. Ni tampoco por corresponderle.

Los labios de Nye oprimieron los suyos y la joven lo dejó hacer, observando una absoluta inmovilidad. Ni siquiera cerró los ojos.

Cuando Nye separó los suyos, hizo un mohín de disgusto.

—Muy galante —adujo ella.

—Y usted muy fría. Tengo la impresión de haber besado a una estatua de mármol.

—¿Qué le hacía suponer que podía esperar otra cosa?

—Nada, desde luego. Buenas noches, Viveca.

La miró, hasta que la joven desapareció al otro lado de la puerta automática del ascensor. Entonces movió la cabeza en una señal de resignación y volvió a rodar.

Nye acudió al «Macy's Hall».

El club nocturno estaba montado por todo lo alto. Las paredes decoradas con escenas de bastante valor pictórico, representaban el erotismo en todas sus facetas. Las luces, indirectas, proporcionaban a la sala un aire de intimidad muy sugestivo. La pista de baile, estaba en el centro de la sala, rodeada por las mesas, y se llegaba a ella desde todos los ángulos, a través de pasillos muy bien calculados. Allí se bailaba, allí actuaban los cantantes de ambos sexos y allí se movían las virtuosas del «Strip-Thease» tan en boga en esos lugares de diversión.

La mujer lo llenaba todo en el «Macy's Hall». Mujeres camareras, mujeres barmans, mujeres vendedoras de cigarrillos, mujeres para ser invitadas a beber y mujeres para invitar a los clientes a bailar.

Todas tan ligeritas de ropa, que mostraban su prenda más íntima al realizar el menor movimiento. Por eso, después de permanecer un rato en el club, las miradas masculinas, por sugestión, se posaban con insistencia en aquellas mujeres que llevaban sus faldas por debajo de las rodillas.

Nye se sentó a una mesa, sin prisa alguna. Pidió *whisky* y lo apuró a pequeños sorbos.

Dentro de pocas horas se daría el jueves de esa semana por finiquitado y en su lugar nacería el viernes, un día trascendental, según los datos de Julie Hayward. Unos datos misteriosos, que no arrojaban mucha luz sobre el asunto. Ese día se iba a proveer alguien de droga para continuar envenenando a los incautos, a los débiles. Pero ese dato, con ser muy importante, resultaba nulo al ignorar el lugar aproximado donde se verificaba el sucio negocio.

CAPÍTULO IX

SPARKY se acercó a la mesa del inspector federal. Era un sujeto bastante bajito y rechoncho, un tipo de media sonrisa, de mirada huidiza y labios pálidos. Vestía bien, sabía llevar la ropa cara a pesar de su tipo.

—Bienvenido a «Macy's Hall», inspector —saludó con su sonrisa meliflua, falsa y bastante altanera.

—Hola, Sparky.

Se sentó el dueño del club y pidió champaña a una de las camareras.

—Paga la casa —dijo a la muchacha cuando les hubo servido.

Sirvió dos copas.

—Voy a serle sincero, inspector —apuntó—. Me extraña mucho ver a un federal en mi club. Nunca vienen aquí en busca de diversión, siempre buscan otra cosa.

—Desde luego. Buscamos drogas y otros artículos poco recomendables. ¿Y si le digo que es eso lo que he venido a buscar realmente?

Sparky no se inmutó, no acusó el golpe. Se mantuvo imperturbable, acentuando su sonrisa, haciéndola más ostensible.

—Si ha venido provisto de una orden de registro, puede empezar cuando quiera, inspector. Voy a decirle las cosas como las siento. No le permitiré registrar mi club sin esa orden. Por principios. Facilitar las cosas a la policía es robar su dinero a los contribuyentes. Ustedes cobran una paga por este trabajo. Pues bien, gánese esa paga. De todas formas, ya le digo que todo está dispuesto para sufrir ese registro si dispone de la orden judicial. Lo encontrará todo limpio.

El cinismo de Sparky era notorio y Nye tuvo la sensación de ser

el blanco de una burla sangrienta por parte del hampón.

—Julie Hayward no estaba limpia, Sparky. Ella era drogadicta. Lo mismo le ocurre a Beny Rumsey. Supongo que usted conoce a ese pobre muchacho. El abuso de la droga ha quemado su vida prematuramente. Julie trabajaba aquí. Y Beny Rumsey venía con frecuencia.

La sonrisa desapareció de los labios de Sparky. En su lugar apareció una mueca de desagrado, de oculto rencor, de prevención y desconfianza, todo al mismo tiempo.

Sparky se dio cuenta de que tenía delante a un enemigo implacable, una especie de leopardo dispuesto a caer sobre él al primer descuido, y destrozarlo entre sus garras.

—Julie Hayward venía aquí a cumplir con su deber, lo hacía y luego se largaba hasta la noche siguiente. He sentido lo que le ocurrió. La chica valía para esto. Es lo único que puedo decirle. Si piensa que he tenido algo que ver con su muerte...

—No he dicho tal cosa —le atajó Nye—. Usted sabe que en nuestro país sólo se señala a una persona cuando se tienen en contra suya las pruebas necesarias para fundar la acusación en regla. No es éste mi caso.

Sparky apuró el contenido de su copa. Luego hizo una mueca y la dejó sobre la mesa.

—Este champaña no sabe muy bien —dijo—. Y es por lo que yo digo siempre. No se trata sólo de la calidad del vino. Es necesario el ambiente, la grata compañía... Sobre todo, eso, la grata compañía.

¡Puaf!

Se marchó, sin añadir nada más, para demostrar a Nye que su compañía no le era grata, que le molestaba. Se fue acompañado de una risita sardónica del inspector, que le sentó como una bofetada.

Nye permaneció allí unas horas más, observando a la clientela y a las empleadas. Bebió con una de ellas, a la que intentó sonsacar algo acerca de Julie. Pero todo resultó inútil por ese lado. La boca de la muchacha quedó sellada nada más mencionar a Julie.

Antes de que la animación decreciese demasiado, Nye decidió empezar a poner en práctica un plan que había meditado después de su llegada al club.

Se levantó y avanzó hacia los lavabos, situados al fondo de un corredor, que se abría junto al conjunto de músicos que amenizaba

la velada y cubierto por una cortina de color azul pálido.

Nye se había dado cuenta de que no eran sólo mujeres los empleados de Sparky. También había un par de hampones, cuya misión era la de cuidar el orden en la sala. Dos tipos muy bien trajeados, pero cuyas ropas, de precio elevado, no bastaban a paliar su dureza, su acritud, la violencia de sus caracteres. Dos hampones, uno de ellos apenas destacaba entre los habituales clientes del «Macy's Hall». Pero el otro era una especie de gigantón, con una frente muy estrecha, nariz aplastada de algún puñetazo en una riña callejera o en un *ring*, mentón cuadrado y labios gruesos, muy salientes. Su pecho se hinchaba de cuando en cuando al respirar hondo y parecía entonces querer romper la camisa de flores chillonas y estallar como un explosivo. Al inspector Nye le hizo recordar a Popeye después de haber tomado sus espinacas.

El federal entró en los lavabos y esperó a quedarse solo, a que se fuesen los dos amigos que terminaban de lavarse las manos mientras comentaban la facilidad que estaban teniendo con las dos muchachas que habían encontrado en la calle.

Sus comentarios arrancaron a Nye una amplia sonrisa de ironía. Los dos muchachos estaban seguros de obtener bastante de ellas a cambio de nada o de muy poco. Pero lo más seguro era que al final sacasen la cabeza caliente y los pies fríos. Y el bolsillo vacío.

Cuando se fueron, Nye se subió a los lavabos para observar la ventana que se abría por encima de ellos.

Un cuarto trastero, en el que se amontonaban las cajas vacías, mesas y sillas desechadas ya por inútiles, botellas y un montón de trastos.

Nye descorrió el pestillo y se coló en el trastero. Luego entornó de nuevo la ventana y se acomodó, se dispuso a esperar pacientemente su hora.

Pasó una hora.

Luego, otra.

Parte del bullicio del club se filtraba a través de la cortina y llegaba allí, amortiguado. Un bullicio que decreció notablemente a partir de las tres de la madrugada.

A las cuatro y cuarto, las mujeres entraron en el lavabo para prepararse y marcharse a sus casas. La jornada había terminado, las puertas del club se cerraban por esa noche.

Oyó sus comentarios, las citas concertadas por algunas de ellas con clientes, la habilidad que habían tenido para eso.

Bueno. Esas muchachas no habían terminado del todo su jornada. Pero el nuevo trabajo les debía resultar más agradable que la sujeción del club, a juzgar por su manera de comentarlo. Se las prometían muy felices y alguien iba a ver el amanecer del viernes completamente desplumado. Se fueron.

Nye esperó media hora más, tuvo en cuenta a los rezagados, a los olvidadizos.

Pasado ese tiempo, encendió su potente foco de bolsillo y pasó por la ventana, a los lavabos.

Salió al corredor. Desierto, oscuro y silencioso como una tumba.

La gran sala del club tenía el mismo aspecto, pero más paliado por la claridad que se filtraba de las luces de la calle. Los cristales de las ventanas también ostentaban dibujos eróticos y la luz llegaba al interior muy tamizada y formando una indefinible gama de colores.

Nye avanzó hacia la entrada de las dependencias del club, donde también estaba el despacho particular del jefe, del obeso propietario del club.

La luz del foco alumbró la placa, con el nombre de Sparky en relieve y, debajo, la palabra PRIVATE.

No le fue difícil facilitarse la entrada. Su juego de llaves maestras hubiese sido la alegría de un ladrón.

Entró y cerró a sus espaldas con el resbalón de la cerradura.

Bien. Ya estaba allí. En el campo del enemigo.

Ese despacho debía contener algo interesante, por lo menos desde su punto de vista. Nye sabía que no podría encontrar el menor vestigio de drogas en aquel antro, por mucho que se esforzase en buscar lugares extraños. Pero sí tenía la esperanza de encontrar algo que guardase una relación con las fechas apuntadas por Julie en su agenda. Eso era lo que buscaba. Otras fechas, otros datos relacionados, que le permitiesen descubrir ese enigmático lugar conocido por Julie y que ella se había llevado a la tumba.

Empezó a registrar los cajones de la gran mesa de escritorio.

Nada en el primero ni en el segundo. Nada en el tercero...

Sparky era un tipo listo. La esperanza de Nye estribaba en que el dueño del «Macy's Hall» ignoraba la existencia de esa agenda, y sin

ella muchos de sus apuntes carecían de valor para la policía. Eso podía inducirle a un descuido, que no lo era para Sparky, pero que a él podía servirle para desenredar el ovillo.

Nada en el cuarto cajón.

Sacó el último, el del centro.

Bien. No se iba a descorazonar si no encontraba nada allí tampoco. Quedaba el fichero, la carpeta, la caja fuerte...

El inspector no sintió el giro de la manecilla de la puerta.

Ésta se abrió de pronto y la estancia se inundó de luz al ser accionado el conmutador del marco.

Nye fue cogido de improviso.

Miró al hombre que lo había sorprendido. El hampón con trazas de boxeador con aspecto de gorila de la selva trajeado como un hombre. Él solo. Bueno, solo no. Se acompañaba de una pistola automática, que empuñaba con mano firme y que apuntaba al corazón del inspector federal.

Nye vio la muerte reflejada en los ojos del hampón, la vio en su expresión, en el rictus de sus labios. Vio en él esa mueca especial del criminal sádico que disfruta matando y se dispone a hacerlo sin remisión, a dar rienda suelta a sus instintos.

El tipo iba a disparar sin más, sin pronunciar la menor palabra.

Nye comprendió que era una trampa. Lo habían estado vigilando y Sparky quería matarlo para impedir que siguiese adelante. Y nadie podría culpar de nada al gigantón. Lo había sorprendido en el despacho de su jefe y el tipo no tenía por qué saber que se trataba de un inspector federal, que estaba emulando a John Raffles. Empezaba a saber demasiado y Sparky quería libre el terreno. Ya estaban en viernes, en el día señalado para la entrada de la mercancía repugnante.

CAPÍTULO X

NYE se tiró al suelo con la misma rapidez con que se habían sucedido sus últimos pensamientos.

La pistola emitió su seco estampido. El plomo buscó su cuerpo, al tiempo que se expandía por la atmósfera del despacho el excitante olor de la pólvora quemada.

La bala astilló el borde del tablero de la mesa de escritorio, no encontró su destino y se estrelló contra la puerta de acero de la caja fuerte, después de perforar el cuadro que la ocultaba.

El inspector buscó su pistola en la funda axilar.

Por debajo de la mesa veía las piernas del hampón. El resto de su cuerpo quedaba oculto a sus miradas.

El otro gruñó algo y avanzó en busca de Nye.

Pero lo hizo con torpeza, con retraso de ideas. Era un hombre apto para matar. Carecía de escrúpulos, obedecía ciegamente, no valoraba una vida humana. Pero era un hombre que necesitaba que alguien pensase por él, que le diesen las órdenes, que le explicasen bien todo lo que tenía que hacer. Al surgir un inconveniente, fallaba, su mente era incapaz de transmitir órdenes a sus músculos y se conducía con torpeza.

—¡Quieto! —le gritó Nye.

No hizo el menor caso. La idea de matar estaba fija en su cerebro y no existía nada más para él.

El federal apretó el gatillo de su arma, le disparó a la tibia.

Gimió el hampón, cayó al suelo, retorciéndose de dolor.

Nye gateó para salir de su incómoda postura, tendido entre el sillón y la mesa, y se puso en pie.

Lo vio el hampón a través del velo rojizo que empañaba su mirada. Entonces reaccionó, su rostro aplastado dibujó una mueca

de salvaje rencor y movió su brazo para apuntar a Nye.

El inspector se abalanzó contra él, disparó su pierna derecha con precisión y el punterazo arrancó la pistola de la mano del otro, juntamente con un grito ronco, de rabia inaudita. Acto seguido, le aplicó el cañón de su arma a la sien derecha y le oprimió con fuerza, le aplastó la cara contra el suelo.

—Quieto, salvaje —masculló—. ¿Crees que estás en una cacería de lobos?

Se terminaron los arrestos del hampón. Al verse dominado y en peligro de muerte si intentaba algo para librarse de su suerte, el hombre se hundió como un barco de papel en un océano embravecido. Hundió el rostro entre las manos y gimió igual que un perro apaleado por su amo.

—Vamos, siéntate en ese sillón. Avisaré una ambulancia para que te lleven al hospital y curen esa herida.

Las pisadas fueron audibles en el interior del despacho. Pisadas rápidas y torpes al mismo tiempo. Pisadas de una persona gruesa, poco habituada a correr, que ahora practicaba ese ejercicio y acusaba el esfuerzo.

Entró Sparky en el despacho, resoplando como una vieja locomotora, bailándole las papadas, sudorosa le despejada frente.

Se detuvo en el umbral, se inmovilizó y su rostro expresó con claridad su estupor al ver al hampón herido en el sillón y a Nye pistola en mano, en plan de dominador.

Nye no pudo evitar una risita sarcástica al ver el desencanto de Sparky.

El tipo esperaba encontrarlo a él muerto y a su hombre sosteniendo aún la humeante pistola que había servido para ejecutar al inspector federal.

—Le ha fallado el plan, Sparky —pronunció Nye.

Sparky se recobró, volvió a ser el hombre de siempre, el hampón frío y calculador, habituado a salvar obstáculos y pasos difíciles.

—¿De qué plan está hablando, inspector? —replicó.

—¡Oh! Usted lo sabe mejor que yo. Es usted listo, Sparky. Ya ve que le hablo sin rodeos, sin esos formulismos que nos impone la ley la mayor parte de las veces. Usted concibió el plan de sorprenderme aquí y de matarme.

Sparky manoteó al aire y apareció en sus labios su media sonrisa

retorcida.

—No sabe lo que está diciendo. Le domina la rabia y eso le hace desvariar. Bueno. Prefiero pensar eso a que el champán se le ha subido a la cabeza. Todo en mí es perfectamente natural, inspector. Compruébelo. Todos los días se cierra el club a estas horas. Y todos los días, el buen Hobson me acompaña a casa. Es una de sus obligaciones. Hoy nada ha sido diferente. De pronto me di cuenta de que había olvidado algo. Unas facturas, que debo liquidar mañana. Envié a Hobson a buscarlas. Están ahí, sobre la mesa. Yo me quedé en la salida. Entonces oí un disparo. Eso me sorprendió y corrí hacia aquí. Antes de llegar, oí otro disparo. Eso es todo, federal.

—Muy listo, Sparky. Claro que sólo así se puede manejar un club como éste. Los hombres corrientes obedecen órdenes. Los listos, las dan. Eso es usted.

Y no puedo probarle lo contrario. Esa limpieza con que usted había pensado librarse de un inspector federal sin tener ninguna responsabilidad. Porque no se siente muy seguro conmigo y teme que profundice más de lo que desea en este asunto.

Sparky contuvo sus impulsos, dominó su rabia, su coraje.

—Tiene usted una imaginación volcánica, inspector. Usted equivocó la carrera. Debí seguir la profesión de escritor de ciencia-ficción. Seguro que hubiese sorprendido a todo el mundo con sus fantasías. Bien. Le he oído decir que no puede probar nada y le pregunto: ¿Puede probar con buenas razones qué estaba haciendo en mi despacho después de haber sido cerrado el club?

—Usted sabe eso tan bien como yo, Sparky. Pero de cara a la ley, le daré una respuesta muy parecida a la suya, tan inocente como su versión. Verá. Me sentí indispuerto. Entonces fui a los lavabos y me dejaron encerrado allí. Al darme cuenta de que estaba cerrada la puerta del club, decidí buscar una llave en este despacho, en lugar de violentar la cerradura. Hobson me sorprendió y disparó sin preguntar.

Se crisparon las manos de Sparky.

—Conoce artilugios legales, ¿eh, inspector?

—No queda más remedio, que conocer eso, Sparky, y sacamos sabrosas lecciones.

Señaló a Hobson, que permanecía abatido sobre el sillón,

soltando de cuando en cuando lastimeros quejidos. El sudor frío perlaba su frente y su rostro estaba pálido, desencajado en una mueca de intenso dolor.

—Vamos, Sparky —habló Nye—. Avise al hospital para que envíen una ambulancia. Hobson necesita cuidados médicos. Se va a desangrar como un cerdo. Bueno, como lo que es. ¡Ah! Puede estar tranquilo. No lo someteré a un interrogatorio. Conozco a los hombres como Hobson. Son capaces de resistir los mayores tormentos sin hablar una palabra. Tienen la idea equivocada de mantenerse fieles a sus amos, hasta la muerte. Pero no se sienta tranquilo. Por otro lado, llegaré hasta el fin.

Llamó Sparky y unos minutos más tarde llegaba la ambulancia haciendo sonar su sirena.

Nye ayudó a Hobson a tenderse sobre la camilla y salió con todos a la calle.

Partió la ambulancia con el herido y quedaron los dos hombres en la acera, solitaria ahora, iluminada por los letreros luminosos de colores, pero vacía de gente, sin vida.

En el coche de Sparky estaba el otro hampón bien parecido, observando con avidez toda la escena.

—Buenas noches, Sparky. Y recuerde mi consejo. Cuídese.

No obtuvo respuesta. La indignación impidió a Sparky pronunciar palabra alguna.

Nye fue a su apartamento y se metió en la cama.

Su cabeza era un hervidero de ideas, de conjeturas.

Dentro de poco amanecería el nuevo día. Viernes. Un día en el que traficantes sin escrúpulos llegarían a un punto determinado de la península de Florida y entregarían su horrible mercancía a otros seres tan depravados como ellos mismos. Los patrocinadores del vicio sin remedio, de la ruina física y moral de una parte importante de la Humanidad.

Era muy duro saber eso y tener que permanecer cruzado de brazos. Era como encontrarse ante un muro demasiado grueso para ser derribado y demasiado alto para ser escalado, y saber que al otro lado estaba la solución. La puerta del muro cerrada y no poder abrirla para obtener lo que se deseaba.

Se durmió muy tarde y se despertó muy temprano.

Bien. Allí estaba el sol del viernes, luciendo esplendoroso en un

cielo azul intenso. Un día más y corriente para la mayor parte de las personas. Pero un día que podía ser muy diferente para él, si lograba desentrañar el misterio.

Acudió al despacho de la Sección y se dedicó a tender una tupida red de vigilancia por todas las carreteras y caminos que tenían acceso a West Palm Beach. Todos los coches patrulleros y los motoristas encargados del tráfico tomarían parte en ese trabajo preventivo. Todos los coches que despertasen la menor sospecha, debían ser detenidos y registrados. La policía se ponía en pie de guerra, en un intento de frenar a los propagadores del vicio, de la corrupción moral.

Sonó el teléfono nada más terminar de impartir sus órdenes.

—¿Quién es? Aquí la Sección del F.B.I.

—¿Inspector Nye? —preguntó una voz de mujer.

—Sí, Viveca. Le he reconocido la voz.

—He tratado de comunicarme con usted durante largo rato, pero su teléfono estaba comunicando.

—Bien. Ya estamos hablando los dos.

—Creo que tengo algo importante referente a esos apuntes de la agenda de Julie. Pensando mucho...

—¡Dígamelo, Viveca!

—¡Escuche, inspector! Le llamo desde la casa de Julie. Usted ya la conoce. Venga pronto. He venido, porque creo que es un buen punto de partida. Si le es posible, venga solo. Si estoy equivocada, y es muy posible, no quiero hacer el ridículo delante de sus hombres. Usted me da cierta confianza.

—Está bien —sonrió Nye—. Salgo para ahí ahora mismo. No se mueva.

CAPÍTULO XI

LA puerta de la casa estaba abierta. Y ese simple detalle bastaba para darle vida, para alejar un pensamiento de tragedia como el que sobrecogió a Nye cuando llegó avisado por Julie.

Antes de entrar pronunció el nombre de la muchacha:

—Viveca.

—Adelante, inspector. Lo he visto llegar.

Entró en el *hall*, donde Viveca terminaba de preparar dos martinis.

Bebieron después de chocar los vasos altos.

La joven llevaba un conjunto de color naranja, que realzaba de un modo extraordinario sus formas.

Cuando se inclinó para dejar el vaso sobre la mesita, Nye no resistió la tentación de estrecharla contra él. Era algo más fuerte que su voluntad, algo contra lo que se sentía incapacitado para luchar y dominarse. Le había ocurrido lo mismo la noche anterior, cuando se despidió de ella.

Vio la vacilación en las pupilas de Viveca. Vacilación entre dejarlo hacer o sacudirle un tortazo.

Optó por lo primero y Nye la besó en los labios. El federal esperaba encontrar la misma frialdad que la otra vez que se dejó llevar de sus impulsos. Fue una grata sorpresa ver que ella cerraba al fin los ojos y le devolvía la caricia.

La reacción vino de parte de Viveca, ella fue la que rompió el encanto y se separó, cuando ya Nye se disponía a hacer lo propio al abrirse paso en su mente el sentido del deber.

—Bien, Nye —dijo ella—. Creo que hemos empezado haciendo los tontos.

—No estoy de acuerdo. Pero es cuestión de criterio. ¿Para qué

me has hecho venir aquí?

Viveca hizo todo lo posible por rehuir la mirada del inspector, porque él no pudiese leer en sus pupilas y adivinar sus impresiones.

Tardó un rato en contestar. El rato que necesitó para imponerse a toda consideración y aparentar una serenidad, que no sentía en realidad.

—Anoche no pude dormir apenas, Nye. Pensé mucho en tus últimas palabras, antes de despedirte. Me refiero a eso de que si recordaba algo...

—Entiendo. ¿Qué has recordado?

—Verás. No estoy muy segura. Acaso todo esto sea una falsa alarma y sólo consiga hacerte perder el tiempo. Pero he creído que debías saberlo. Yo también te dije que estaba dispuesta a ayudarte.

—Lo recuerdo perfectamente.

—Bien. Creo que es algo relacionado con esos apuntes de Julie.

Volvió a beber para remojarse su reseca garganta, una sequedad que enronquecía su voz. También para poder seguir dominando sus nervios. Porque todo eso que estaba haciendo no le gustaba nada, le desagradaba sobremanera y también intuía un algo siniestro en su resultado, un algo trágico, doloroso.

—Vamos, Viveca. Estoy esperando tus palabras. Me siento como si caminase sobre ascuas.

—Julie tenía un lugar predilecto, al que le gustaba acudir en solitario. Ya sabes. Cosas de espíritus sensibles. Un lugar donde podía ver la Naturaleza en toda su plenitud, donde podía soñar y hablar consigo misma en voz alta, sin que nadie la tachase de loca. Tú sabes que las personas vivimos de una forma, cuando la mayor parte de las veces pensamos de otra manera muy distinta. A veces sentimos la necesidad de expresar esos pensamientos en voz alta, pero no nos atrevemos a hacerlo delante de nadie, por temor al qué dirán. Al mismo tiempo, también en muchas ocasiones, sentimos la necesidad imperiosa de estar solos, de no oír ningún ruido, de contemplar la hierba verde, los árboles, los pájaros, el agua... No sé si me entiendes.

—Te entiendo perfectamente.

—Pues Julie había encontrado ese lugar. Por eso compró esta casa tan aislada y solitaria, para estar cerca de su paraíso. Pienso que acaso ella ha visto todas esas cosas que parecen significar esas

fechas de la agenda, estando en su rincón predilecto.

Asintió Nye, se golpeó la palma de la mano abierta con el otro puño.

—Cierto, Viveca —dijo—. Ésa puede ser una buena idea. Mejor dicho, creo que es una buena idea. Julie debió ser testigo de la llegada de la mercancía, en alguna ocasión. Luego, al ponerse en contra de sus propios proveedores y decidir llevar adelante su destrucción, los observó semana tras semana, anotando las fechas. Llegó a la conclusión de que todos los viernes... Bueno. ¿Sabes cómo llegar a ese lugar?

—Sí. Julie compró esta casa antes de... de lo de Beny. Las dos pasamos juntas aquí algunos fines de semana. Entonces había confianza y me explicó esas cosillas que atañían a su espíritu. Creo que ella era una soñadora.

—Vamos allá.

Subieron al coche y rodaron por un camino, cada vez más accidentado, que sólo era frecuentado por los cazadores de patos y en el que sus coches habían dejado marcadas profundas rodelas en las épocas de las lluvias.

El camino se extinguía en una explanada cubierta de una vegetación lujuriosa, que terminaba en un inmenso pantano, salpicado aquí y allí de pequeños islotes, también de un intenso color verde.

En la orilla del pantano había como un pequeño embarcadero de tablas, al que estaba amarrada una extraña lancha, especialmente diseñada para navegar por la zona pantanosa, de escasa profundidad y de fondo cubierto de altas plantas acuáticas, cuyas puntas asomaban fuera del agua. Era una lancha de quilla plana y en el centro, elevado, tenía un único asiento y detrás una hélice impulsora.

—¿Sabes manejar ese cacharro? —preguntó Nye.

—Sí.

—¿Cabemos los dos?

—Desde luego. Ya te he dicho que he acompañado a Julie en algunas ocasiones. Puedes ir de pie, agarrado al costado del asiento.

—¡Está bien! Vamos allá, Viveca.

Subieron y Viveca ocupó el asiento mientras Nye soltaba la amarra y empujaba un poco la lancha, para apartarla del

embarcadero.

Viveca conectó el motor, accionó los mandos y partieron a buena velocidad.

La lancha pareció patinar sobre un campo húmedo como nevado en verde, doblegando las puntas de las plantas acuáticas.

Viveca manejaba bien la lancha y fueron soslayando algunos islotes, adentrándose en el enorme pantano.

Sólo en las cercanías de los islotes eran visibles las plantas, allí donde la profundidad era menor. Entre ellos, se hacían invisibles, se ocultaban bajo la mayor densidad del agua.

Dejaron atrás eso para internarse por un río muy ancho, que discurría entre orillas extensas, entre terrenos más elevados.

El río desembocaba también en el pantano, y antes de dejarlo atrás, Viveca le señaló uno de los islotes verdes y cubierto de arbolado.

—Ése es el lugar predilecto de Julie. Ella lo llamaba el Islote de Eva. Creo que el nombrecito le cuadra bastante bien. Aunque me parece que a Julie no le hubiese sentado bien el papel de Eva, sobre todo no copiando con más hombre que el incauto Adán.

Nye rió el comentario de la joven. Y al mirarla, se dio cuenta de que estaba muy pálida, desencajada sus facciones.

Le apoyó la mano en el antebrazo y ella se estremeció.

—¿Te sientes mal, Viveca? Estás muy pálida.

—No es nada.

—Sinceridad, Viveca —insistió—. Estás preocupada por algo.

Ella sacudió la cabeza y contuvo un sollozo que pugnó por brotar impetuosamente de su garganta. Luego dijo:

—Sí, estoy preocupada, Nye.

—¿Por qué? Siempre existe un motivo. No me gusta la gente que responde siempre con un porque sí o porque no.

—Temo que nos descubran, que nos aceche el peligro.

—¿De veras crees que puede acecharnos un peligro? Si sólo se trata de una simple sospecha, resulta demasiado problemático.

Ella se mordió los labios antes de replicar:

—Temo el peligro suspendido sobre tu cabeza, Nye. Y también temo mi responsabilidad. Una responsabilidad que me resulta abrumadora.

Se enarcó la ceja izquierda de Nye, como le ocurría siempre que

una idea obsesionante se fijaba en su cerebro.

Viveca estaba hablando con reticencia. Era indudable que sabía algo más, y no se atrevía a decirlo. Trataba de avisarle un peligro, pero no se atrevía a confesar su índole, su naturaleza.

Viveca cortó el encendido del motor, cuando les faltaban unas yardas para dejar el río y desembocar en el pantano, otra vez sobre las peculiares plantas acuáticas.

La lancha se deslizó mansamente sobre las aguas y luego fue empujada muy suavemente por la corriente, para detenerse muy cerca de la desembocadura y de la orilla izquierda.

Se miraron con fijeza.

La mujer estaba muy seria y a punto de romper a llorar. La tensión de sus nervios había llegado a su punto máximo y pugnaba por romper.

Nye le tomó las manos y se las acarició. Una vez había oído decir a un psiquiatra que las caricias muy suaves sobre el dorso de una mano producen un efecto sedante sobre los nervios. Y debía tener razón, a juzgar por el resultado. Porque Viveca empezó a tranquilizarse en parte, a mostrarse más serena, incluso a recuperar sus mejillas una parte del color perdido.

Bien. No siempre se equivocaban los médicos. Afortunadamente, algunas veces acertaban, para suerte de sus pacientes.

—Cálmate, Viveca. Es lo único que puedo decirte. El resto, eres tú la que tiene que decirlo. ¿Por qué te has detenido aquí, sin llegar a...? ¿Cómo dijiste?, el Islote de Eva, ¿no?

—Sí, Nye. No puedo seguir adelante. Tengo que decirte algo antes.

—Pues adelante.

—¿Recuerdas que Julie me pidió el nombre de un policía de confianza y yo la envié al sargento Robert Spok?

—Claro que lo recuerdo.

—Bien. El sargento Robert y yo... No es nada serio aún, pero somos... como novios. Él quiere casarse y me ha insistido muchas veces.

CAPÍTULO XII

ASINTIÓ Nye.

Comprendía a Viveca. Comprendía su estado de ánimo, sus vacilaciones y también sus temores.

—Todo eso que has dicho sólo sirve para que le tenga una inquina fenomenal al sargento Spok. Pero no aclara nada del asunto por el que estamos aquí los dos.

—No he terminado aún, Nye. Quiero ser sincera. Me siento asustada, cada vez más asustada cuanto más pienso en todo esto. He llegado a una conclusión. Estoy segura de que Robert se ha dejado sobornar y colabora de un modo u otro con esos traficantes de drogas.

Sí. Viveca tenía la misma sospecha que él. Mejor dicho, él había adivinado las sospechas de Viveca, esas sospechas que le infundían temor a todo, incluida su responsabilidad.

—No amas mucho a ese sargento, ¿verdad, Viveca? —le preguntó.

La respuesta de la joven fue rápida:

—¡No!

—¿Entonces...?

—Me sentí muy desilusionada por lo de Beny. A pesar de no estar muy segura de mis sentimientos. Una mujer desilusionada es capaz de hacer cualquier cosa. Esto resulta raro, extraño, pero es verdadero. Quizá se hace para demostrarse una misma que es capaz de enamorar a un hombre, o no sé por qué. Pero se hace. Cada vez que surge un engaño, se busca esa compensación.

Siguió un corto silencio, que rompió Nye para preguntarle:

—Bien. ¿Cómo has llegado a esa conclusión? Me refiero a la complicidad de Spok con los traficantes.

—Verás, Nye. Spok fue anoche a mi apartamento. Poco después de haberme llevado tú allí. Tuve la impresión de que nos había estado siguiendo. Me preguntó que si lo amaba, si estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por él. Agregó que si era así, podía ofrecerme un gran futuro, libre de privaciones.

—¿Qué le respondiste? —apremió Nye ante el nuevo silencio de Viveca.

—Fui débil. Le dije que sí. Entonces me dijo que tenía la impresión de que te interesabas por mí de un modo más... profundo que el inspirado por una cuestión oficial. Me pidió que te trajese aquí. Nada más. Luego... Bueno. No puedo hacerlo, no quiero llevarte hasta el Islote de Eva.

—¿Por qué, Viveca?

—No me gusta la idea de ser cómplice de un crimen.

—¿Cómo sabes que va a cometerse un crimen? Vamos, Viveca, contesta.

Ella se agitó, presa del nerviosismo, como si le costase un esfuerzo supremo dar rienda suelta a todo lo que ocupaba su mente.

—Eres duro, Nye, muy duro —dijo—. Es una corazonada. Pero, para mí, como una certeza. El sargento Robert me dijo que era para apartarte del asunto, precisamente hoy, viernes. Dijo que era para obtener un triunfo personal, porque andaba detrás de todo esto desde hace mucho tiempo y no quería que un inspector federal le pisase el terreno. Lo expuso de un modo muy convincente. De verdad que lo creí así en un principio. Pero luego he pensado mucho, mucho. Creo que esto es una trampa para ti. Estás metiéndote muy a fondo y estorbas.

El rostro de Nye adquirió una impresionante seriedad. Era cierto todo lo que Viveca había dicho. El sargento Robert Spok era un policía corrupto, había aceptado el soborno. Veía peligrar su posición y luchaba con uñas y dientes para impedir su caída, para mantenerse erguido en ese falso pedestal que él mismo se había erigido para encaramarse a él como un campeón. Un campeón de la basura inhumana, de esa peste que asolaba al mundo.

—¡Eres inteligencia, Viveca! Yo también lo creo así. Nada de corazonadas. Hechos concretos, aunque no existan pruebas. ¿Sabes? Eres una gran chica, y me alegra comprobarlo.

—También soy un poco romántica, aunque esto te parezca

paradójico. Estoy traicionando al hombre que... Bueno. Tú me entiendes.

—No estás traicionando a nadie, Viveca. Lo otro sí hubiese sido una traición. Pero has sabido serte fiel a ti misma y también a tus principios. No traicionas a Robert Spok, puesto que no lo amas. Eso quiere decir que lo del romanticismo va por mí. No te soy indiferente. Bien. Te diré algo respecto a eso. Es lo mejor que he oído en mi vida. Y conste que he oído cosas muy buenas.

Sonrió ella, se animó su semblante.

Fue a decir algo, pero Nye le impuso silencio.

—Ya hablaremos de esto más tarde —dijo—. Pon en marcha ese motor. Si esto es una trampa, esos tipos deben estar al acecho.

—¡Sí, tienes razón!

Antes de que Viveca tirase de la palanca para poner en marcha el motor de explosión, un arma de fuego bramó desde la orilla del Islote de Eva, desde el lugar predilecto de Julie Hayward.

La bala se hundió en las tablas que sujetaban el asiento, le astillaron con seco chasquido.

No había tiempo que perder. La lancha no ofrecía la menor protección. El Islote de Eva estaba bastante cerca, demasiado para un buen tirador provisto de un rifle con punto de mira telescópico, con un arma de precisión.

Así lo comprendió Nye y actuó en consecuencia.

—Pronto —exclamó—. Al agua, Viveca. No podemos ver al tirador, oculto entre la maleza. Pero él nos ve a nosotros perfectamente.

Ayudó a Viveca a bajar del elevado asiento.

La profundidad era escasa allí, tan cerca de la tierra que formaba la orilla derecha del río. Estarían a salvo entre la maleza. Porque era necesario pensar en un plan de acción.

El rifle volvió a bramar en el instante en que Viveca, entre los brazos de Nye, asentaba sus pies sobre la plataforma de la lancha.

Gimió la muchacha al acusar una herida en su hombro derecho. Apenas un refilonazo, pero que le hizo la impresión de que le habían aplicado un hierro candente sobre la piel.

—Malditos bergantes —estalló Nye al escuchar el sollozo gimiente de la joven, al sentirla estremecerse—. ¿Te han herido?

—En el hombro. Pero vamos, esto se pone muy feo, Nye.

El inspector empuñó la pistola para mantenerla en alto, fuera del agua.

Saltaron de pie.

El agua les cubría casi hasta el cuello. Y era imposible nadar. Las plantas se enredaban en las piernas y en los brazos y les impedían hacer los ejercicios necesarios para mantenerse a flote y navegar sobre el agua. No tuvieron más remedio que caminar paso a paso, luchando contra las malditas plantas.

—¿Cómo te sientes, Viveca? —preguntó él, mientras pasaba su brazo por la cintura de Viveca para ayudarla.

—No mal del todo, Nye. Duele la herida, pero creo que es muy poca cosa.

—Me alegra verte tan animosa. Repito lo dicho. Eres una gran muchacha.

El rifle apostado en el Islote de Eva efectuó nuevos disparos. Las balas silbaban sobre las cabezas de Viveca y de Nye o se hundían en las aguas, muy cerca de ellos, con chasquidos muy peculiares al atravesar la superficie líquida.

—Nos estaban esperando, Viveca. ¿Y sabes una cosa?, creo que has salvado tu vida. Me parece que el sargento estaba dispuesto a todo con tal de no verse descubierto. Dudo que hubiesen respetado tu vida ante el temor de que pudieses delatarlos. Nos estaban viendo. Han debido comprender que me contabas esa confianza. Eso los ha hecho precipitarse.

—Pero hemos perdido la lancha. No podrás hacer nada sin ella. Te llevaría largas horas regresar al lugar en que has dejado el coche. Horas de caminar y de nadar.

—¿Quién ha dicho que voy a volver al lugar donde se ha quedado el coche? Mi trabajo está aquí, esos traficantes no andan lejos y soy un inspector federal. No olvides nunca eso. Si intentan abandonar ese islote, los seguiremos. Si se quedan ahí, iré por la lancha cuando anochezca.

En la cercana orilla se agitó algo. Objetos planos y viscosos, que se deslizaban sobre la maleza de una forma ondulante, como los reptiles.

Viveca se estremeció al ver a cuatro caimanes lanzarse al agua y empezar a nadar hacia ellos. Se cubrió los labios con las manos para abortar el grito que el horror hacía subir a su garganta.

—Calma, Viveca. Los caimanes son vegetarianos. Su alimento preferido son los huevos de tortuga. Es la curiosidad lo que los mueve. Pero pueden partir en dos a un hombre de un coletazo. Ése es el peligro de dejarlos llegar hasta aquí.

Nye apuntó su pistola contra el caimán que más se aproximaba a ellos, que nadaba rectamente a su encuentro, semejando un extraño tronco flotante, provisto de un par de ojos de maligno mirar.

Disparó.

La bala penetró por el ojo izquierdo del caimán y se alojó en su cerebro. El reptil se agitó breves instantes, arrojando sangre por la terrible herida. Luego quedó inmóvil para siempre.

El segundo disparo hirió a otro animal. Entonces los dos restantes cambiaron su rumbo y se alejaron hacia la otra orilla del río, mientras el herido se agitaba en las aguas, produciendo secos chasquidos al golpearla con su potente cola.

Nye subió a tierra y tendió su mano a Viveca para ayudarla.

Se adentraron entre la maleza, para detenerse en un punto desde el que era visible toda la parte meridional del Islote de Eva.

El tirador del rifle dejó de disparar su arma.

Renació la calma, volvió el silencio y la quietud. Otra vez el paraje adquirió cierta semejanza con el paraíso.

Nye quitó a la joven la prenda superior de su conjunto para examinar la herida.

No era nada. Sería suficiente cubrirla un poco hasta que pudiese desinfectarla bien. Tranquilo por ese lado. Pero muy intranquilo por otro. Y no precisamente por los traficantes al acecho.

El escote pronunciado de la combinación de Viveca dejaba visible el nacimiento de sus senos, erectos, bien formados. Y eso era algo que le dejaba sin resuello.

CAPÍTULO XIII

NYE se sintió aliviado cuando ella se puso la blusa y cubrió sus hombros y el nacimiento de sus senos.

—No es nada, Viveca. Pero tendrá que verte un médico cuando regresemos a West Palm Beach.

—¿Regresaremos?

—¿Qué te hace suponer lo contrario?

—¡Pues...! Bueno. Creo que debo pedirte perdón por mi duda.

—Eso está mejor, Viveca. La duda ofende. Un médico curará esa herida de tu hombro. Y él mismo tendrá que recetarnos algo contra la pulmonía. Porque eso es lo que vamos a llevar después del baño.

Nye se puso en pie y avanzó hacia el extremo de la tierra lujuriosa.

Escrutó la orilla del Islote de Eva.

El rifle bramó otra vez. La bala se hundió en el tronco en que se estaba apoyando.

Se ocultó entre la maleza y volvió junto a Viveca.

—¡Nos vigilan con unos gemelos! —dijo—. Esto es cuestión de vida o muerte para ellos. La justicia está castigando con dureza a los traficantes de drogas. Seguro que hubiesen aplazado esta entrega de haber podido hacerlo. Pero no han detenido su llegada y la ambición es grande. Esa maldita porquería se paga a peso de oro por los desgraciados que han tenido la mala fortuna de dejarse arrastrar. Bien. No creo que piensen quedarse cruzados de brazos. Vendrán a por nosotros. Tengo la intuición de que es en el Islote de Eva donde hacen el negocio. Si lo realizan lejos de mi presencia, no podré probarles nada. Ni siquiera hemos visto al que dispara. Tampoco puedo acusar al sargento. Carezco de pruebas convincentes y no sirven las simples conjeturas. Celos profesionales.

Cualquier abogado demostraría eso ante una comisión investigadora o ante un jurado. Pero ellos prefieren eliminarnos a los dos. Sabemos demasiado y las drogas es un negocio fabuloso para los ambiciosos.

Viveca desvió su mirada hacia el islote, en el que Julie había soñado despierta en tantas ocasiones. Un ramalazo de temor asomó a sus pupilas, como si pudiera ver ya a los enemigos llegar a través del pantano, dispuestos a iniciar la cacería del hombre.

Nye adivinó todo lo que cruzaba por su pensamiento. Trató de tranquilizarla. Le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia él.

—Tranquila, Viveca. Nadie se come a nadie. ¿Sabes? Tenemos unas horas por delante para pensar en otras cosas. No creo que esos traficantes vengan antes de la noche. Las tinieblas son el ambiente propicio para que se muevan esos canallas. Por algo en la Biblia son llamados así: hijos de las tinieblas. Bien. Te quiero, Viveca. Así como suena. Creo en el flechazo. Y creo en eso, porque lo estoy sintiendo.

Sonrió ella.

—Yo también te quiero, Nye. Tengo la impresión de conocerte de toda la vida. Y no me ocurrió eso con Beny, ni mucho menos con Spok.

—Claro que no. Tú estabas destinada para mí. Verás. Hay un doctor muy ameno, pero muy materialista, que dice que el amor es un producto de la Naturaleza para que se mantenga viva la procreación, la continuidad de los humanos. Cuando un hombre se enamora de una mujer, dice que bendice al cielo por haberle permitido nacer en ese sitio, donde ha conocido su amor. Y añade que en cualquier lugar del mundo hubiese encontrado ese amor y hubiera pronunciado esa bendición. Es posible que tenga razón. Bueno, creo que la tiene desde un punto de vista lógico. Pero yo sí creo en el Destino, en la Providencia. Muchos matrimonios se rompen. Lo cual quiere decir que ese hombre no ha encontrado lo que desea en ese lugar, que tiene que seguir buscando. Entonces no se trata sólo de una trampa de la Naturaleza para que continúe la procreación de los hombres, sino de algo que atañe al espíritu humano, a nuestra alma.

Viveca lo besó. Un beso que se prolongó durante largo rato.

—Tienes razón, Nye —susurró después—. Yo también creo en el

amor como sentimiento de la persona, no como un deseo del instinto natural del hombre.

Las horas que siguieron fueron deliciosas para los dos, dejaron una huella imborrable en sus espíritus.

Al fin anocheció.

Nye entró en acción inmediatamente.

—La luna tardará cerca de una hora en hacer su aparición, Viveca. Ha llegado el momento. Voy en busca de la lancha. No te muevas de aquí. Te llamaré cuando llegue a la orilla. Las plantas no la han dejado alejarse pantano adentro.

La besó en los labios antes de caminar hasta la orilla.

Se metió en el agua y avanzó despacio hacia la lancha, cuya silueta apenas era visible al recortarse en el espacio, bajo la rutilante claridad de las estrellas.

Nye chascó la lengua al sentir rebullir a los caimanes en la orilla. No temía su presencia, pero podían hacerlo delatarse.

Los caimanes se mantuvieron a distancia, no trataron de llegar hasta él, y eso le satisfizo.

De pronto se detuvo para prestar atención seguro de haber oído un ruido, un chapoteo que no provenía de los caimanes.

Sí. Había algo en el agua, muy cerca de la lancha, al otro lado de la misma. Un animal acuático o un hombre.

Aceleró su paso, procurando hacer poco ruido para no delatar su presencia.

Llegó muy cerca de la lancha. Entonces pudo ver de qué se trataba. Un hombre había ido nadando y caminando por las aguas hasta allí, un hombre que provenía del Islote de Eva y que se estaba encaramando por un costado de la lancha, para llevársela, para cortarles la retirada.

Nye siguió adelante, sin ser descubierto.

El hombre lo divisó cuando ya estaba de rodillas sobre la plataforma y Nye a punto de alcanzarla.

Dejó escapar un taco de grueso calibre y luego hizo ademán de desenfundar un arma de la axila.

Nye se lanzó hacia la lancha, apoyó sus manos en el borde del tablero y la sacudió arriba y abajo, con vigor.

El hampón perdió el equilibrio, se tambaleó y cayó de espaldas al agua.

Se buscaron.

Al encontrarse, Nye sacudió el primer golpe en el mentón del otro, volviendo a tumbarlo de espaldas.

No pudo aplicarle otro golpe y forcejearon, con torpeza, con lentitud en sus movimientos, trabados por las plantas, que les restaban movilidad.

Nye logró apoyar sus manos en la cabeza del hampón y se la sumergió. Se la mantuvo debajo del agua, mientras emergían las pompas al soltar su presa todo el aire de sus pulmones. Pensó mantenerlo así, hasta dejarlo sin conocimiento. Luego llevarlo a la orilla, hacerlo volver en sí y declarar lo que estaba ocurriendo en el Islote de Eva, el número de hombres que estaba allí...

No pudo lograrlo. El otro se soltó en un último y desesperado esfuerzo. A continuación sacó la cabeza, respiró hondo y empujó a Nye hacia atrás mediante un vigoroso empujón.

Cayó Nye, se hundió en las aguas, contuvo la respiración y se esforzó por emerger y respirar el aire puro de la noche.

Cuando lo hizo, su enemigo se alejaba, nadando ya fuera de la zona cercana a la orilla, en la que abundaban las plantas.

Nye no intentó seguirlo. Era mejor retroceder junto a Viveca y preparar un plan de ataque.

Antes de que se encaramase a la lancha, captó el sonido zumbante de un motor lanzado a toda velocidad. El sonido se acercaba cada vez más a la orilla muy cerca del lugar donde se encontraba Viveca.

Ya estaban allí. El enemigo decidía atacar. Había fallado el hombre encargado de apoderarse de la lancha para cortarles la retirada. Pero otros iban dispuestos a declarar una guerra a muerte, sin cuartel.

Se apresuró a subir, poner el motor en marcha y llevar la embarcación a la orilla.

Saltó a tierra y amarró la lancha a un grueso tronco.

Sus enemigos también habían llegado. El motor de su lancha permanecía silencioso.

Oyó pasos. Menudos, apresurados, aplastando la maleza, avanzando como bajo el impulso del miedo.

La voz de Viveca se elevó:

—Nye. ¿Dónde estás, Nye? Responde.

Antes de que el inspector respondiese a la apremiante llamada de la joven, otra voz recia, masculina, tajante, restalló un poco más allá a su derecha:

—Es Viveca. Duro con ella, muchacho. Esa traidora no merece compasión.

Nye se dio cuenta de que iban a empezar a disparar contra Viveca, de que la vida de la muchacha dependía de un frágil hilo.

Se guió por el sonido de la voz, enfiló el cañón de la pistola en esa dirección y apretó el gatillo varias veces seguidas.

Un aullido restalló entre los árboles y la lujuriente vegetación. Luego, el ruido de un cuerpo al desplomarse. A continuación, lamentos, ayes de dolor, maldiciones todo entremezclado.

Bien. Había herido a uno de los atacantes. Un golpe de suerte muy oportuno. Porque eso salvaba a Viveca.

La joven apareció de pronto delante de él, desorbitados sus ojos, transida de temor, anhelando la protección de Nye.

Cayó en sus brazos y el inspector la obligó a tenderse en el suelo y a guardar silencio.

—No estamos solos, querida —susurró en su oído—. Estamos muy mal acompañados, por cierto. Templa los nervios. Lo peor ha pasado ya.

La obligó a avanzar a gatas, hacia la orilla.

Unos minutos más tarde subían a la lancha y Nye ponía en marcha su motor.

Ese ruido ahogó las maldiciones del hampón que acompañaba al herido, que corrió también hacia la orilla para tratar de detenerlos.

No lo consiguió. La lancha se alejó en línea recta al Islote de Eva, mientras detrás restallaban los disparos, que no tuvieron consecuencia, que no pudieron detener a Nye.

CAPÍTULO XIV

ANTES de que Viveca y Nye alcanzasen el islote, sintieron navegar a la otra lancha, llevando al herido.

Viveca indicó al federal dónde podía varar sin peligro. Nye siguió al pie de la letra sus instrucciones y unos minutos más tarde estaban en el Islote de Eva y dejaba amarrada la lancha.

La mujer le señaló hacia el centro del islote, que era la parte más elevada del mismo.

—En el centro hay una cabaña —dijo—. Julie la preparó bien. Desde ella se divisa un panorama encantador.

—Entonces seguro que nos esperan ahí. Pero no vamos a acudir a esa cita. ¿Existe algún embarcadero?

—Sí. En la parte contraria del islote a la que hemos visto desde la orilla del río.

—Vamos allá.

—¿En la lancha?

—No. Caminaremos. Esa lancha nos descubriría y esos tipos se prepararían para recibirnos. Escucha esto bien. Vamos a ir separados. Tú, detrás. Y mucho cuidado. Sin hacer ruidos innecesarios. Si me ocurriese algo, retrocede, busca mi coche y ponte en contacto con la Sección del F.B.I. Si en el camino encuentras un coche patrullero, mejor. Eso mismo servirá. ¿Entendido?

Asintió Viveca, que no parecía muy convencida de la conveniencia de ir separados. Estaba asustada. Necesitaba la compañía de Nye para sentirse tranquila. Había podido comprobar cómo actuaban esos hombres. Julie Hayward, estrangulada. Anker Ginger, hábilmente envenenado sólo ante la sospecha de que Julie le hubiese revelado algo. Beny Rumsey agonizando, destrozada su

vida por el veneno, con cuya venta amasaban una fortuna esos tipos sin escrúpulos ni conciencia. Tobías Clarke había resultado ileso de un atentado, lo que no paliaba el hecho, puesto que también había estado sentenciado a muerte.

Escuchó las últimas instrucciones de Nye y empezó a andar después de haberlo hecho el inspector.

Nye caminó con precaución, eludiendo las grandes plantas y los matorrales, para evitar el ruido.

Se detuvo el inspector. Estaba seguro de haber oído algo frente a él. Un siseo, un roce, un extraño ruido sospechoso.

Escrutó las tinieblas.

Nada. Sombras de árboles copudos, siluetas movientes, recortadas en el espacio y agitadas por la brisa.

Se fue a volver. Esta vez no había oído nada. Pero estaba sintiendo como un frío en la nuca, una premonición del peligro.

La presión de un objeto duro en sus riñones le impidió completar el movimiento. Una mano le arrebató la pistola al mismo tiempo que una voz susurraba:

—Quieto, federal. Su aventura nocturna ha terminado.

Era la voz del sargento Robert Spok. Por si todas las sospechas no eran suficientes para darse cuenta de su complicidad, allí estaba en persona, dando un testimonio de su traición al juramento prestado a la Ley.

—¿Dónde está Viveca?

—¡En el otro lado del pantano! No me pareció conveniente traerla aquí. Era exponerla a un peligro.

Pronunció su respuesta en un tono natural y convincente. Tan convincente, que Spok se lo tragó, no preguntó nada más acerca de la muchacha.

—Bien —agregó—. Imaginé que trataría de alcanzar el embarcadero, teniendo en cuenta la misión que le ha traído aquí y que Viveca se lo habrá contado todo. Vamos hacia arriba. Alguien nos está esperando en la cabaña. Porque supongo que Viveca también le habrá dicho que en la cima del islote hay una cabaña.

—Desde luego. ¿Sabe? Es usted un buen policía. Tiene los ingredientes necesarios para serlo. Pero algo le falla en el cerebro. Exceso de ambición. Eso no encaja con nuestra profesión.

Subieron la empinada cuesta, por un sendero que serpenteaba

entre los árboles.

La cúspide del islote la formaba una explanada bastante amplia, desprovista de árboles, pero en la que también abundaba la vegetación. Y en el centro estaba la cabaña, pequeña, pero acogedora; con su porche, sus ventanas con visillos y macetas con flores alrededor.

El gordo Sparky salió a la puerta al sentirlos llegar.

Entraron los tres.

El gordo miró con fijeza a Nye, fulgurando sus ojos con un brillo inquietante, amenazador. De pronto disparó su mano derecha, propinó una sonora bofetada en la mejilla de Nye.

No perdió la cabeza el inspector. La revancha sólo era cuestión de tiempo, de saber esperar. Y también de suerte.

—Eres listo federal —masculló el gordo—. Pero serlo, no te ha servido de nada. Estás en nuestras manos y no puedes hacer nada por destruirnos. ¿Sabes, idiota? Pronto llegará la mercancía. A ese embarcadero que querías alcanzar cuando te sorprendió Spok. Cuando la tengamos en nuestro poder, la llevaremos a un lugar seguro para su distribución. ¿Aciertas cómo vamos a hacer para traspasar esa barrera policíaca que has tendido en toda esta parte de Florida? Voy a decírtelo, mentecato. Ni más ni menos que con un coche de la policía. El sargento Spok conducirá ese coche y eso abrirá todas las barreras. Luego iremos nosotros. Lo más seguro es que seamos detenidos en el camino y que nuestro coche sea registrado. Pero no encontrarán el menor rastro de la droga. Estará ya en lugar seguro, a salvo de la rapiña de los federales.

Rió fuerte, como si tuviese mucha gracia lo que había dicho. Luego volvió a encararse a Nye para añadir:

—Esto es una cadena bien montada, muchacho. La droga se prepara en un lugar de Sudamérica. Un grupo la busca en su lugar de origen y la transporta por mar hasta el límite de las aguas jurisdiccionales norteamericanas. Otro grupo se hace cargo de ella en ese punto y la trae al Islote de Eva. Sí. Es así como lo descubrió todo esa insensata de Julie. Confiábamos en ella. Por eso se le dejó mucha cuerda libre. Luego, quiso tirar tanto de esa cuerda, que se ahorcó con ella.

Volvió a reír de una forma muy desagradable.

—¿Sabes quién es el principal eslabón de esta cadena? Un

hombre que te está trayendo de cabeza y que se llama Eliot Keller.

Eliot Keller. El último de la lista en la agenda de Julie, el hombre que había despertado la vacilación de Julie. La duda de la muchacha asesinada quedaba resuelta. Keller era culpable.

—¿Keller es el jefe de todo esto? —preguntó Nye.

—Sí, federal. Keller es el auténtico organizador. Verás. Él se dedicaba a buscar adictos, desde hace muchos años. Pero sin meterse a fondo. Compraba una cantidad y la proporcionaba a un grupito de adictos. Al mismo tiempo, buscaba nuevos adictos. Es un buen negocio y a Keller, como a nosotros, nos gustan los buenos negocios. Bien, fundó una escuela de declamación y así empujaba más a sus alumnos. Gente joven e inexperta, fácil de convencer de las delicias de probar ese veneno. Luego formó una compañía teatral y ganó más adictos. Así llegó aquí, me encontró y nos asociamos. Es un tipo que tiene grandes ideas. Sabe trabajar. Los traficantes confían en él y nosotros proveemos de drogas a todos los adictos de Florida, a través de otros eslabones de la cadena. Keller se encarga de su distribución.

—¡Ya! El mató a Julie, a Ginger y también quiso acabar con Clarke.

La risa de Sparky irritó a Nye, pero siguió conteniendo sus impulsos de aplastarle la cara de un puñetazo.

—Ya he dicho que eres un tipo listo, federal. Julie buscó a Keller para comunicarle su propósito de acabar con nuestro negocio. Ya sabes. Morfina, cocaína, LSD... Tenemos clientes para todos esos venenos. Bien. Julie se lo dijo todo, incluidos los nombres de las personas a las que había pedido ayuda. Keller decidió eliminarlos a todos, por si acaso Julie se había ido de la lengua. Estranguló a Julie, cuando ya ella empezaba a sospechar la verdad. Buscó a Anker Ginger con la disculpa de la ayuda solicitada por Julie, y le cambió un par de tabletas de sus calmantes. No se metió con el sargento, por razones que son fáciles de comprender. Y esta noche, Beny Rumsey estará en el limbo. Se le ha proporcionado una dosis mortal de droga y no ha resistido tomarla.

Nye oprimió los labios.

Era horrible oír hablar a un hombre con esa frialdad de las muertes de otras personas. Además, si Sparky le revelaba todo eso, era porque no pensaba de ningún modo dejarlo con vida.

Sparky y Spok prestaron atención a los ruidos que provenían del exterior. Una lancha a motor que se acercaba a la costa meridional del islote.

Salió el sargento y volvió a entrar poco después para decir:

—Son Tracy y Miyer. Miyer viene herido.

Los dos hampones llegaron a la cabaña unos minutos más tarde. Miyer se apoyaba en su compañero y jadeaba. Tenía una herida en la cadera, que si bien no era grave, resultaba muy dolorosa.

—¿Dónde está Viveca? —preguntó el hampón al no verla en la cabaña.

Nye le respondió lo mismo que al sargento.

—Juraría que huyeron los dos en esa lancha —masculló Miyer—. Por supuesto, no puedo asegurarlo. Esa maldita oscuridad...

—Es igual. Viveca no puede hacer nada. La encontraremos. Regresa al otro lado y búscala. Si no la encuentras, vuelve aquí. Destruye esa lancha que era de Julie. Eso la dejará aislada en los pantanos. Cuando sea de día, la buscaremos. No podrá llegar muy lejos sin medios de locomoción.

Tracy se marchó para cumplir las órdenes de Sparky.

Antes de que se hubiese empezado a alejar de la costa del islote, el sonido de un motor más potente llegó hasta ellos.

Spok se envaró.

—Ya los tenemos aquí —dijo—. La lancha que trae la mercancía. Dentro de unos minutos estarán en el embarcadero.

El herido Miyer descubrió su pistola, la apuntó rectamente a la cabeza de Nye, enclavijó los dientes y masculló:

—¿Lo mato ya, Sparky? Este cerdo federal me ha herido.

Nye contuvo la respiración. Su vida dependía de un frágil hilo. Un hilo que Sparky tenía en sus manos. Bastaba una sola palabra suya para que ese frágil hilo se quebrase.

CAPÍTULO XV

DENEGÓ Sparky.

—No, Miyer. Encontrarían su cuerpo. Matar a un inspector federal no es hacer cualquier cosa. Eso trae graves complicaciones y debemos prevenir todos los riesgos. Se lo llevarán los de la lancha. Eliot Keller tiene eso hablado ya. Nye no debe ser encontrado. Lo arrojarán al mar, bien lastrado. Nadie sospechará de nosotros y, menos aún, podrán cazarnos. Cuida de él.

Miyer crispó su mano en la culata, dibujó un rictus de crueldad y obligó a Nye a ocupar uno de los sillones.

—Quieto ahí, polizonte. No intente moverse. Estoy deseando una disculpa para darle gusto al dedo.

Obedeció Nye.

Sparky y el sargento se alejaron, iniciaron el descenso de la ladera para acudir al embarcadero, cuando ya la lancha estaba a punto de llegar.

De pronto se produjo un extraño ruido muy cerca de la entrada de la cabaña, como el rodar de unas piedrecitas.

La mirada de Miyer se desvió hacia ese punto, se tensaron sus músculos, apareció una señal de alerta en su rostro.

Retrocedió hacia la puerta, sin dejar de vigilar a Nye, sin dejar de apuntarle la pistola.

Antes de que alcanzase el vano, se produjo el mismo ruido. Primero unos golpecitos y luego el deslizarse de pequeños objetos sobre el suelo, enfrente mismo de la entrada.

Miyer masculló algo ininteligible. Luego salió al porche.

Apenas había pisado las tablas que formaban el suelo, un objeto contundente se abatió sobre su cabeza, desde un costado. La rama, gruesa, produjo un ruido seco al estrellarse contra el occipital del

hampón, que se desplomó de espaldas, metiendo medio cuerpo dentro de la cabaña.

Viveca apareció en el vano, a punto de estallar en sollozos, sosteniendo entre sus manos la rama con la que había golpeado a Miyer.

Tiró la rama al ver a Nye y corrió a su encuentro, se fundieron en un estrecho abrazo.

—¿Sabes Viveca? Eres una gran chica. Ya te lo dije antes. Una mujer por todo lo alto. Pero la verdad es que debiste huir tan pronto esos tipos me capturaron.

—¡Lo pensé! Estuve a punto de seguir al pie de la letra tus instrucciones. Pero entonces no te hubiese podido soltar y la ayuda de la policía podía resultar inútil debido al retraso en la intervención.

—Tienes razón. Celebro que hayas pensado de ese modo. No puedo reprocharte por haberme salvado. Estos tipos tienen muy malas intenciones.

Se separó de ella y procedió a poner las esposas a Miyer, que continuaba sumido en el mundo de los sueños. Luego le amarró los pies con una correa y tomó del brazo a Viveca.

—Quédate aquí, cuidando a este tipo. No puede molestarte.

Le entregó la pistola del desvanecido Miyer.

—Toma esto. Si se pone tonto, dispara. No temas hacerlo.

—Cuídate mucho, Nye. Después de conocernos mejor y de hablar algo de nuestro futuro, sentiría que todo quedase en agua de borrajas por una imprudencia.

Sonrió Nye, la besó en los labios suavemente y se alejó.

El inspector inició el descenso hacia el embarcadero. La barcaza de quilla plana, apta para navegar por los pantanos cubiertos de vegetales, había sido amarrada al embarcadero y los hombres hablaban de su negocio, de la forma de concluirlo una vez más.

El inspector se detuvo en el último árbol, a escasa distancia del embarcadero.

Dos hombres habían saltado a tierra y sostenían una animada conversación con Sparky y con el sargento Robert Spok.

Nye salió a descubierto, empuñando la pistola con firmeza.

—Quietos, amigos —pronunció—. Quedan detenidos en nombre de la ley. Debo advertirles que todo cuanto digan a partir de ahora,

puede ser utilizado en contra suya.

La sorpresa fue mayúscula, paralizó a los hombres, pareció convertirlos en estatuas de piedra.

Después, pasado el primer momento de estupor, uno de los tripulantes de la lancha hizo ademán de resistencia, un gesto de luchar para impedir la acción de la ley y eludir el castigo a su delito.

Bastó el estampido de la pistola de Nye y el silbido de la bala cerca de la cabeza para reducirlo, para mantenerlo quieto, entregado, rumiando su fatalidad.

La palidez cerúlea de Sparky sobrepasaba la de los otros. Su cuerpo temblaba como bajo la acción de un frío intenso y sus labios se movían igual que los de un anciano aquejado de un fuerte temblor senil.

La voz de Viveca se esparció por todos los rincones del Islote de Eva:

—¡Nye! ¿Puedes responderme?

El inspector llevó su mano izquierda a los labios para hacer bocina y respondió:

—Todo en orden, Viveca. Los peces han mordido el anzuelo. Escucha. Despierta a ese energúmeno como puedas. Un jarro de agua fría es la mejor medicina para ese mal. Luego suéltale los pies y oblígale a bajar aquí como pueda.

—Está bien.

Unos minutos más tarde oyeron las vacilantes pisadas de Miyer. El hampón, al fallarse su cadera, cayó en algunas ocasiones y descendió rodando varias yardas. Pero Viveca se mostró inflexible y enseguida se reunieron al grupo del embarcadero. Nye les amarró a todas las manos.

—¿Crees que podrás llevar esta lancha? —le preguntó Nye.

—Sí.

—Pues adelante. Vamos, muchachos: todos a bordo.

Entraron los cinco hampones y se tendieron, siguiendo las indicaciones del federal. Luego pasó éste y se situó cerca del timón de barra, sin dejar su pistola. En último lugar pasó Viveca y minutos después arrancaban, se adentraban por los pantanos, en línea recta a la desembocadura del río.

Vieron a Tracy sobre su pequeña lancha, a punto de arrancar

para regresar al Islote de Eva, dando por terminado su registro, considerando inútil continuar la búsqueda de Viveca.

El hampón los vio a su vez. Disparó su arma. Y cuando respondió Nye, puso en marcha el motor y se alejó de allí.

—Escapa —dijo Viveca al percatarse de que tomaba una dirección distinta a la que debían seguir ellos.

—No importa. Es una fuga provisional. El F.B.I., tiene recursos para encontrar a un tipo como ése, aunque se esconda en la luna. Lo importante es destruir a toda una organización dedicada a proveer Florida de drogas.

Remontaron el río, navegaron por la extensión de pantano en el que asomaban las plantas acuáticas y llegaron sin novedad cerca de la explanada en la que había quedado el coche del federal.

La luna había hecho su aparición en el cielo, haciendo palidecer el brillo de las estrellas, iluminando de forma espectral el húmedo paisaje.

—¿Dónde está Eliot Keller? —preguntó Nye a Sparky al desembarcar—. ¿Dónde se mete ese tipo?

—Keller está donde hace falta —replicó el gordo de mal talante—. Él sabe siempre permanecer en el lugar conveniente. Podrás comprobarlo.

Las palabras de Sparky parecieron servir de telón de boca, para dar paso a la acción al ser levantado. La portezuela trasera del coche de Nye se abrió de golpe y un hombre saltó al suelo, cuando ya Viveca estaba a punto de alcanzar el vehículo.

La joven se detuvo, sorprendida, alertada. Luego profirió una exclamación ahogada y trató de retroceder. Pero el otro la alcanzó, la rodeó la cintura con su brazo izquierdo, para retenerla junto a él, y amenazó a Nye con el arma que empuñaba.

—Suelta esa pistola, federal. Si no lo hace, Viveca pagará las consecuencias.

Nye no vaciló en obedecer.

Bien. Ya estaba allí el último de la lista. Eliot Keller dominaba la situación, el hombre que había montado todo ese tinglado y tomado las decisiones que habían costado la vida a varios seres inocentes. Toda una sorpresa, porque Nye no había pensado que Eliot Keller pudiese ser un hombre que actuaba bajo una doble personalidad. Él lo conocía bien, pero bajo el nombre de Tobías Clarke.

—Muy ingenioso. Bueno. Debo advertirle que no hubiese tardado en saber la verdad. Pedí un informe de Tobías Clarke y otro de Eliot Keller. Como Tobías Clarke, usted supo hacer bien su papel. De verdad que llegó a engañarme con esa parodia del atentado.

Sonrió Keller.

—Celebro que reconozca mi mérito, federal. Era necesario alejar las sospechas. Para eso nada mejor que representar esa farsa, preparada de antemano, porque sabía que tarde o temprano me visitaría en relación con la muerte de Julie. Luego, mi aparente ausencia apoyaría más mi postura. Pero Eliot Keller llegó a Kansas City y regresó en un avión a West Palm Beach, en cuestión de unas pocas horas.

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—Tobías Clarke. El de Keller lo utilicé para la academia y la compañía de teatro. Luego continué con él en el negocio. Eso lo despistó. La verdad es que Julie buscó a Tobías Clarke. Pensó que acaso estaba dispuesto a romper una lanza en su favor y en contra de los comerciantes de drogas. Luego receló de Eliot Keller. Creo que adivinó la verdad o estaba a punto de adivinarla. Me hizo trabajar aprisa. Pero ella misma se puso en mis manos. De no haberme confesado su propósito, ella hubiese hecho mucho daño a nuestra organización. A los otros los maté por si sabían algo más de lo conveniente.

Terminó de hablar. Hizo una señal a Nye y a Viveca para que se apartasen a un lado, con objeto de aproximarse a los otros y proceder a soltar sus ligaduras.

Empezó por Sparky.

Para poder manejar las cuerdas, presionó la culata de la pistola con tres dedos, dejando libres el índice y el pulgar.

Nye no lo pensó dos veces. La solución estaba al alcance de su mano. La solución o la muerte. Todo era cuestión de utilizar una mezcla de habilidad, espíritu de lucha y buena suerte.

CAPÍTULO XVI

NYE se lanzó.

Brotaron exclamaciones de aviso para Keller. El sargento, más rápido de reflejos que los otros, intentó interponerse entre el federal y el jefe de la organización, retardar la acción de Nye y dar tiempo a Keller a dominar de nuevo la situación.

Fue inútil. Nye era un buen profesional, y una decisión inquebrantable imprimía a sus músculos una perfecta sincronización.

Soslayó a Spok, eludió su zancadilla y cayó sobre Keller y Sparky, cuando ya el jefe estaba a punto de disparar su pistola.

Los tres hombres rodaron por el suelo, en confuso montón.

Atronaron las maldiciones del gordo Sparky, que había llevado la peor parte. Su cadera chocó contra un tronco y Keller le cayó encima, dejándolo sin resuello.

Los dos hombres se revolvieron como jaguares acosados.

Mientras, el sargento avanzó para ayudar a Keller. Tenía las piernas libres y un apoyo eficaz podía cambiar las cosas a su favor.

Nye logró aferrar sus manos al antebrazo derecho de Keller. Luego se lo golpeó una y otra vez contra el tronco, cargando todo el peso sobre el fornido cuerpo de Sparky, que continuaba lanzando maldiciones entrecortadas y resoplando como un viejo fuelle.

Keller se vio obligado a soltar la pistola. Entonces el inspector lo lanzó a varias yardas de distancia al propinarle un empuellón.

No pudo alcanzar la pistola. El sargento le propinó una patada al arma para lanzarla hacia Keller. Pero calculó mal y la pistola fue a parar al agua.

—¡Rápido, Keller! —exclamó Spok—. Empuña la pistola del federal, que has guardado en tu cinto.

Pero Keller actuó con torpeza, conmocionado por los golpes que había recibido.

Nye cayó sobre él y entablaron una lucha a brazo partido, forcejearon, rodaron por el suelo unidos en estrecho abrazo, luchando cada cual por obtener ventaja sobre el otro.

Tracy se unió al sargento. Y Sparky también se incorporó al fin y se dispuso a apoyar a Keller. Sólo Miyer permaneció quieto. Su cadera herida le impedía moverse con agilidad. Pero su rostro innoble dibujó una mueca de alegría íntima, de triunfo presentido.

—Procura sujetarlo, Keller —bramó Sparky—. No importa que se coloque sobre ti y parezca dominarte. Vamos a matarlo a patadas.

Keller se esforzó por obedecer a sus compinches. Pero Nye no se lo permitió. Para él, esa lucha era a vida o muerte. Si triunfaba, sus adversarios serían sometidos a un juicio legal, con todas las garantías. Sentencia a muerte, largos años de prisión... Pero si fracasaba, la muerte era irremediable. Para él y también para Viveca.

Siguió arrastrando a Keller, hacia el pantano. Dentro del agua, el trabajo de Sparky y los otros sería menos positivo.

El sargento entendió su maniobra, adivinó sus intenciones.

Corrió para situarse al otro lado.

Cuando llegaron cerca de él, propinó una patada en el costado de Nye, arrancándole un gemido de dolor. Acción que aprovechó Keller para contener a su enemigo, para mantenerlo fijo en un punto del terreno, mientras los demás avanzaban implacablemente hacia ellos.

Desde el comienzo de la pelea, Viveca había permanecido como alelada, mirando con ojos desorbitados la lucha entre los dos hombres, pidiendo en su fuero interno por el triunfo de Nye, que era el suyo propio. Su derrota suponía la muerte de los dos. Es posible que resultase muy romántico morir al lado de la persona que se ama. Pero Viveca, sin ser excesivamente materialista, consideraba que era mucho mejor vivir.

Reaccionó ante el peligro.

Viveca se acercó a un árbol y arrancó una de sus ramas bajas, la desgajó con una fuerza de la que se consideraba incapaz en circunstancias normales.

Nye empezaba a perder la partida. Continuaba abrazado a Keller, impidiéndole empuñar la pistola del cinto. Pero las patadas de los tres hombres llovían sobre su cuerpo y empezaba a acusar ese castigo. Sangraba su nariz y sus pómulos acusaban los golpes, mostraban grandes hematomas.

Un punterazo en el hígado le restó gran parte de sus fuerzas. Empezó a verlo todo como a través de un velo rojizo.

Aflojó su presión.

Keller sacó la pistola.

En ese momento llegó Viveca al lugar de la refriega. Una Viveca transformada en una especie de diosa vengadora, irritada y capaz de llevar a cabo los más terribles castigos.

La rama se abatió sobre la mano de Keller, que aulló y dejó caer el arma, sintiendo su miembro inutilizado. Posiblemente se había quebrado algún hueso.

El sargento cayó al suelo, abatido por un golpe de la rama en la nuca.

Tracy se apartó aprisa, jadeante, temiendo el castigo.

La rama golpeó el abultado vientre de Sparky, que saltó como un sapo, gimiendo, fulminó a Viveca con su mirada. Un segundo golpe en el hombro lo hizo retroceder. Y un tercero en pleno rostro, lo tiró al suelo, escupiendo saliva impregnada de sangre.

Nye se incorporó, envolvió a Viveca en una mirada de amor y de agradecimiento. Luego levantó al abatido Keller.

Allí tenía al frío asesino que había estrangulado a Julie Hayward. Ella había pensado en él en un principio como víctima del terrible vicio de la droga, sin acertar a darse cuenta de que Keller sería su verdugo. Estaba derrotado ahora. Le bastaba tornar la pistola del suelo y esposarlo. Pero sentía como un oculto rencor hacia ese tipo y quería darle una lección.

El puño de Nye se estrelló en pleno rostro de Keller.

Trastabilló el otro y, al fin perdió el equilibrio, cayendo de espaldas al agua.

Cuando intentaba levantarse, Nye llegó a su lado y le aplicó varios golpes al rostro en fulminantes

uno-dos,

que hicieron bambolearse a la cabeza de Keller como si fuese una pelota de entrenamiento.

Levantó el brazo, en demanda de paz, de rendición y piedad. Entonces Nye le metió la cabeza debajo del agua, entre las plantas acuáticas, y lo mantuvo así hasta el límite de su resistencia.

Cuando lo sacó, Keller respiraba entrecortadamente, arrojaba agua por la boca y su rostro estaba pálido como la cera.

Los obligó a los cinco a entrar en la parte posterior del coche. Casi unos encima de otros, formando un montón de carne y huesos.

Nye se puso al volante y Viveca ocupó el asiento contiguo. Le dio la pistola a la muchacha.

—Vigílalos, Viveca. No van a intentar nada, no pueden revolverse. Pero siempre es bueno prevenir las cosas.

Viveca se ladeó para besar a Nye en los labios.

—¡Traidora! —masculló el despechado sargento Spok.

—¿Traidora a qué, sargento? —preguntó la joven.

—A mí, a nuestro amor. Anoche dijiste...

—No tiene importancia lo que dije anoche. Son los hechos los que cuentan, los que revelan los sentimientos mejor que nada. Nunca existió ese amor. Pero aunque hubiese existido, no hay traición por mi parte. Tú has querido utilizarme. Eso es mil veces peor.

Nye arrancó, cambió la transmisión y se adentraron por el camino de tierra, mal pavimentado, lleno de baches, de marcas profundas de otras ruedas grabadas en épocas de lluvias.

Aceleró y se esforzó por llevar el coche por los peores sitios del camino.

Los cinco hombres se agitaban, caían unos encima de otros, se golpeaban contra los costados del coche a cada nuevo vaivén, a cada nuevo salto.

Protestaron airadamente, gimieron...

Nye rió, fuerte, con ganas. No importaba que esa carrera accidentada le costara perder una ballesta o un palier. Esos tipos merecían ese trato y otro mil veces peor. Era horrible pensar en las vidas que habían destruido para siempre. Vidas jóvenes, llenas de esperanzas. La influencia de esas personas nefastas las había convertido en esclavas de un vicio. Sólo para obtener a cambio grandes beneficios económicos, las habían arruinado del todo, destrozando su voluntad, su mente, su futuro, su personalidad... todo.

Cruzaron frente a la casita de Julie y media hora más tarde enfilaban la autopista de doble carril, bien pavimentada.

Los cinco tipos respiraron a fondo al terminar una parte de su suplicio.

—Bien —susurró Nye—. Esto toca a su fin.

—Yo diría que es el principio —repuso Viveca, mirándole con fijeza, y con ternura.

—Este triunfo ha sido de los dos, Viveca. Sin tu ayuda...

—Tenía que ser así, porque también el futuro es de los dos.

Nye la besó de refilón, sin apartar su mirada de la carretera.

—¡Siempre las malditas mujeres! —masculló el gordo Sparky.

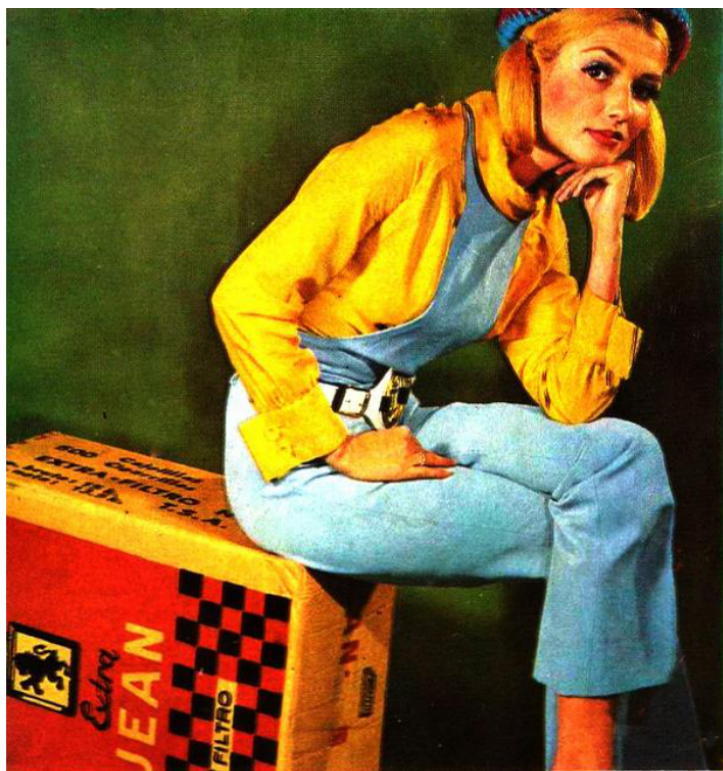
—No reniegues de las mujeres, Sparky, no las llares malditas. Recuerda siempre que una mujer te trajo al mundo... para tu desgracia.

Sparky replicó con un sordo gruñido.

El coche siguió rodando a buena velocidad. En la distancia eran visibles algunas luces de colores de la ciudad y sobre ella se extendía un semicírculo, como una cúpula que la cubría, formada por la iluminación que brotaba de West Palm Beach.

El coche se acercaba a su meta final. En su interior se forjaban los sentimientos más contradictorios. Unos miraban al futuro con temor, con recelo, con espíritu de derrota total, absoluta. Otros, Nye y Viveca, miraban ese futuro con optimismo, presintiendo ya la felicidad.

FIN



R EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO (MADRID)

DISTRIBUIDOR NACIONAL:

ORGANIZACION DISTRIBUIDORA IBERICA, S.A.
EDIFICIO ESPAÑA - MADRID

12
Ptas.

Concesionarios exclusivos en América: **EDITORIAL AMERICA, S.A.**
2180 S.W. 12 Avenue • MIAMI, FLA. 33129 - USA

